

EDIÇÕES TRILCE

**Doce Cuentistas
de Misiones**

**Raúl E. Novau
Marcial Toledo
Olga Zamboni
Hugo Amable
Félix Héctor Renón
José María Prestigiácomo
Glaucia Sileoni de Biazzi
Lucas Braulio Areco
Nicolás Capaccio
Gerardo O. Centeno
Antonio Clavero
Arcadio Romero (h)**

Carla

A 350

**Doce Cuentistas
de Misiones**

**Registro de la Propiedad Intelectual en trámite
Impreso en la Argentina**

Realidad y Expresión en Cuentos Misioneros Contemporáneos

Tal vez por instinto de conservación literario los cuentos —orales o escritos— no faltan en el acervo cultural de ningún pueblo. La literatura provinciana registra interesantes testimonios del género, como puede comprobarse en esta colección que permite dar un paso importante hacia su madurez. Y no puede ser de otra manera si recordamos que ella toma carta de ciudadanía literaria y se incorpora al mapa del país bajo los auspicios fundadores de uno de los grandes del género, Horacio Quiroga. Su nacimiento, en verdad, no pudo darse bajo mejor estrella.

Esta obra, *Doce Cuentistas de Misiones*, expresa por sí misma un momento cultural de singular importancia; es, seguramente, testimonio de nuevas pautas y modelos de la sociedad misionera contemporánea, que la crítica en su oportunidad se encargará de dilucidar.

El cuento parece ser un género que ha hecho fortuna en nuestras letras provincianas. Se inicia, como sabemos, de manera brillante con Horacio Quiroga y le continúa su discípulo, Germán de Laferrere (*Alto Paraná*, 1935 y *Aguas turbias*, 1943). Aquí conviene resaltar la formidable intuición creadora de Quiroga que abrió una vía, un canal, por el cual se encauzó lo que todavía estaba por decirse, pero también, y por sobre toda otra consideración, encontró la forma adecuada para enunciar ese todo. Inventó "nuestra expresión"

Hay un importante número de autores que continuó en la línea quirogulana, cuyas obras se han publicado en periódicos locales o en revistas de pocas apariciones, por lo que dejamos la tarea de hacer un registro minu-

cioso. Pero sí consideramos necesario dejar constancia que ellos también contribuyeron, cada uno en su medida, a la aclimatación de un género que intenta lograr su propia voz en el contexto de la literatura nacional.

En 1948 aparecen los relatos de Miguel Angei Altechach, a los que tituló *Mensú*. Tomando como figura central a este personaje de nuestra historia vernácula se articulan estampas, escenas, brochazos en donde se percibe una decidida preocupación humanitarista y social.

Con cierta regularidad aparecen luego otros títulos. En 1949 Carlos García Carbone publica "*El río solitario*" que amplía y matiza el universo quiroguiano reinventando criaturas literarias y modos expresivos.

La siguiente otra se titula *Los turnos de Satanás*, de Felipe Arbó (1966), autor que ya era conocido por su producción poética, y que permite constatar la continuidad del género.

Pocos años después José Antonio Ramallo publica *Cuentos y leyendas de la tierra misionera* (1970), al que siguen *La curandera y el maestro* (1974) y *Cuentos y leyendas de la selva guaraní* (1975). Es un autor prolífico al que debe sumarse otros títulos y sus cuentos para niños.

Luego consignamos los cuentos de Hugo Amable: *Destinos* (1970) y *Mariposa de obsidiana* (1978) que traen una renovación en los temas y la utilización de técnicas propias de la narrativa contemporánea. Estudioso del lenguaje regional —recordemos su trabajo al respecto *Las figuras del habla misionera*— supo aprovechar estos conocimientos e incorporarlos artísticamente en sus cuentos.

Después de reseñar este panorama del cuento en Misiones, tal vez no totalmente exhaustivo, resulta conveniente destacar que todo hecho literario sufre un proceso de aclimatación del género y desarrollo en el que hallan sustento y soporte los creadores que surgen de tiempo en tiempo. Horacio Quiroga es quien cumple la labor de fundador de la primera etapa y supo hacerlo genialmente, para beneficio de nuestra literatura provinciana. Los autores que hasta aquí hemos nombrado,

en distinta medida, también demuestran una alta conciencia artística de lo que es el cuento en lo que hace a su fin intrínseco.

En lo que respecta a este último asunto nos parece pertinente traer a colación una reflexión formulada por Baquero Goyanes:

El cuento es un precioso género literario que sirve para expresar un tipo especial de emoción, de signo muy semejante a la poética, pero que no siendo apropiada para ser expuesta poéticamente, encarna en una forma narrativa, próxima a la de la novela, pero diferente de ella en la técnica e intención. Se trata, pues, de un género intermedio entre poesía y novela, apresador del matiz semi-poético, seminovelesco que solo es expresado en las dimensiones del cuento.

Este género particularísimo —territorio de novela invadido por la poesía— tiene, pues, una genuina tradición en la literatura de Misiones. Los continuadores, los escritores que hoy tenemos el orgullo de presentar a la consideración del público, se insertan en ese legado y aportan lo suyo, según veremos, con una calidad y variedad de enfoques que hacen valiosa y digna de registrar esta entrega que los nuclea.

EL NARRADOR Y LA REALIDAD

Nuestra sociedad, eminentemente rural, ha sufrido cambios trascendentales en estos últimos años. Hay un avance de la población del agro hacia la ciudad por razones que la sociología explica fundamentadamente; las migraciones internas se han intensificado con toda su carga de novedades y con los cambios que estos hechos traen al modo habitual de nuestra existencia. En lo que hace a la agricultura, la diversificación rápida de cultivos, la tecnificación y la paulatina desaparición de la selva, unido a las numerosas etnias que hay en proceso de asimilación en nuestra tierra origina una realidad que salta y florece en estos cuentos que sus autores han querido confiarme para que los presente.

Y es esta nueva realidad contemporánea, la de una Misiones cambiante y novedosa, la que llama con fuerza

a estos nuestros narradores de hoy reunidos mediante el título de DOCE CUENTISTAS DE MISIONES, en la que se acentúa el tono realista de contenido espacial y social, fundamentalmente.

El hombre es el personaje del drama social, en el que priman los sentimientos históricos, los que nacen de las circunstancias. Así lo vemos en "*Boxeador frustrado*" y "*El éxodo*" de Gerardo O. Centeno donde se trata el problema de las migraciones internas con su secuela de desarraigo. En "*Inundación*" de Glauca S. de Biazzí se representa el tema de la extrema pobreza, la consecuente marginación y el estado de desequilibrio de la experiencia social. El deterioro de un grupo humano se traza en "*Una noche de marzo*" de Marcial Toledo. El mismo aspecto se enfatiza en "*El veterano*" y "*La opción*" de este autor, en los que se expone la destrucción de los valores familiares básicos y la situación de la mujer como presa del desenfreno sexual y el abandono familiar.

Misiones, como otros pueblos de América Latina, se forjó en la confluencia a veces dolorosa de las más diversas culturas y razas. Este proceso se percibe en algunos cuentos de Hugo Amable y con énfasis especial en "*Obstinación fatal*". En "*Destino*" de Lucas Braulio Areco la historia sentimental es un pretexto para mostrarnos una zona de encuentro de culturas diferentes que conviven en armonía relativa. Este mismo tema, pero de manera más conflictiva se presenta en "*Lo que no es casual*" de Félix Héctor Renón, que lo hace creando una hábil estructura narrativa. En "*El payé*" y "*Misión por encargo*" de José M. Prestigiacomo se percibe la afluencia de la cultura aborígen en disyunción con la moderna.

Pero la realidad tiene indudablemente muchas facetas. Para algunos autores de esta colección el gran tema de la narrativa es el del alma humana y sus movimientos. El amor y el odio, la vida y el sentido de la muerte son también realidades permanentes del hombre. Nuestros narradores de hoy han vislumbrado una realidad psicológica que no desdeña la realidad espacial, sino que, como planos en contrapunto, alumbran pequeños mundos que se rigen por sus propias leyes. Así lo hemos notado en "*El isipó de la venganza*" de Glauca S. de Biazzí. En "*El señor Tacíño*" de Raúl E. Novau debe se-

ñalarse la aparición de un tema poco tratado en nuestra literatura vernácula: el tema de la amistad que supera los prejuicios de clase y el hombre capaz de dar la vida por ella.

Una profundización aún mayor en el mundo interior, con la utilización de variadas técnicas, se advierte en "*Ojos grandes con sueño*" y "*La espera*" de Olga Zamboni. La preocupación por introducir el lenguaje coloquial ciudadano es una vía interesante que propone esta escritora. El sentimiento religioso es también una rica realidad en "*Intuir la paz*" de Arcadio Romero. En esta línea además debe incluirse a Antonio Clavero con su cuento "*La resonancia y el tiempo*".

Descubrir en las distintas realidades los contextos simbólicos es la gran tarea en la que están empeñados nuestros escritores. El camino está a la vista, teniendo en cuenta que el instrumento utilizado —el lenguaje— va adquiriendo en ellos ductilidad progresiva para apropiarse del habla viva injertada en el viejo tronco castellano.

Sabido es que ofrecemos como comunidad lingüística hispanoparlante singularísimos caracteres, dados no solo por nuestra reciente y variada inmigración, sino también por la vigencia en algunos estratos de la lengua guaraní. Si a ello todavía le sumamos la situación única de ser apéndice fronterizo de la Patria frente a dos países y la presencia casi cotidiana del portugués en todo el Alto Uruguay, obtenemos un cuadro de situación que me atrevo a creer es único en la geocultura americana. El lenguaje ha experimentado de este modo sustanciales aportes que denuncian la realidad multiforme en que se origina y que se refleja en el habla de los personajes de esta nueva cuentística de Misiones.

De esta aventura estética participan febrilmente estos cultivadores de la palabra, empeñados en esta empresa creadora tan antigua y siempre renovadora. Tarea que es irradiante y que nos permite a los lectores acceder al mundo del hombre que está más cerca de nuestro corazón, el hombre de nuestra tierra, el de Misiones, de nuestro ahora y aquí. Y ellos, los creadores, son los testigos insobornables.

La literatura de Misiones sigue, pues, su evolución. Es decir, vive. A las numerosas obras poéticas que se fueron publicando en estos años inmediatos, debemos ahora incluir esta colección que recoge la silenciosa tarea de numerosos narradores.

Sus autores son conocidos por su labor, por su preocupación literaria evidenciada en una trayectoria merecedora de todo respeto. Pero es con esta publicación conjunta, DOCE CUENTISTAS DE MISIONES, cuando el panorama actual de la literatura se abre a nuevas y prometedoras posibilidades.

Presentar, pues, esta publicación es para mí un motivo de honor y legítima alegría. Sus autores laboran permanentemente en ese quehacer solitario de los creadores y me toca a mí saludar a sus criaturas, esas que los desvelaron y que, desprendidas de sus autores, se lanzan a transitar nuestros caminos. Y llegarán lejos, cada vez más lejos, con seguridad.

Rosa M. Etorena de Rodríguez

El señor Taciño

RAUL E. NOVAU

El señor Taciño, de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, rezaba su oración matutina, aprendida en su infancia de labios de su madre propia, como él la recordaba.

Oraba con un susurro sibilante, mirando fijamente la llama parpadeante de la velita de sebo. La luz del amanecer se filtraba por las rendijas de los tablones que, unidos verticalmente, conformaban las paredes de su pieza.

Aún soñoliento y aterido por un frío que no acababa de comprender, descolgó la tranca que cerraba el ventanuco, y ante sus adormilados ojos se presentó el espectáculo que jamás hubiera pensado: las cosas estaban cubiertas de un manto blanco.

Varias veces se frotó los ojos, hasta con fuerza, pues era evidente que la imaginación le estaba jugando una mala pasada. Pero, sin embargo, la realidad no desaparece con un pestañeo. Tanto los tejados de las viviendas con sus chimeneas como los postes del alumbrado y las empinadas calles estaban vestidas por una gigantesca sábana, que aprovechó la noche para desplegarse, pensaba Taciño; o bien, se trataba de una guerra entre colores, donde el blanco era el triunfador. No, no podía ser que el verde de los árboles, el rojo de la tierra y el azul del cielo se esfumaran para siempre por un designio, tal vez, del Más Allá.

Prestamente abrió la puerta y al salir recibió un impacto helado en la nuca, y sus desnudos pies se amorataron al dar los primeros pasos. Asustado, saltó el enrejado de los jardines, cegado por el blancor intenso y como una exhalación penetró en la Casa

Grande, topándose con el guardián en mitad de las escaleras que conducían a los aposentos principales, exclamando a viva voz "don Godofredo, patroncito, afuera está todo blanco!"

—Qué pasa. —tronó una voz de uno de los cuartos.

—¡Ay, Don Godofredo! Afuera hay una sábana que tapó todo, está todo blanco, todo blanco!

Al recinto, lujosamente amueblado entraron el ama de llaves y Moncho, el capataz, atraídos por los gritos que profería Tacíño en su desesperación por explicar.

—¿Qué es Moncho? —preguntó don Godofredo—, rubicundo y enfundado en su bata de dormir.

—Anoche nevó, patrón.

—¡Ia... Sácalo al negro este, que me va a enloquecer con sus estupideces.

Al notar la tranquilidad con que el amo recibía la noticia, Tacíño aplaudió ruidosamente. Quizá Rofito, el hijo de don Godofredo, le explicara el porqué de esa blancura fría en nuestro mundo...

Las fámulas chacoteaban en la cocina, comentando la ocurrencia de Tacíño, y nada menos que subir al dormitorio, donde estuvieron por última vez durante los funerales de la Señora, hace mucho tiempo. Pero al parecer don Godofredo estaba de buen humor pues no ordenó castigo alguno para el atrevido Tacíño.

El hijo de don Godofredo, Rofito, era un adolescente espigado y de suaves maneras. Estudiaba en la Capital. En las temporadas de vacaciones ayudaba al padre en el manejo contable de los establecimientos de yerbas y maderas. Cuando disponía de tiempo, Rofito enseñaba a Tacíño rudimentos de gramática castellana y aritmética. Entre ambos se forjó una amistad no empañada por el prejuicio de que el amigo del hijo del mandamás de la comarca sea el loco y sucio Tacíño.

En ese sentido, Rofito no guardaba el mínimo reparo en considerar a Tacifio su dilecto amigo; posición que era acerbamente criticada por el padre y numerosos notables de la sociedad pueblerina.

Pero un acontecimiento habría de aquietar la animosidad existente contra Tacifio. Por insistencia de algunos compañeros, Rofito accedió a cazar tucanes al monte con la condición de llevar a Tacifio. La caza viva era sencilla; con una tacuara larga y sin hacer ruido, se sorprendía al tucán en el follaje, pegándole con fuerza en el pico, tras lo cual caía atontado sin oponer resistencia. Mientras el grupo se esforzaba en esa ocasión en realizar tan paciente tarea, Tacifio espantaba a las ocasionales presas con agudos chillidos, produciendo el enojo de sus acompañantes. Mas, fue el primero que la vio como levantaba la cabeza triangular, lengüeteando el aire tibio de la tarde, enroscada entre las malezas, a un paso de Rofito. Cuando la blanqui-negra yará se aprestó a saltar una menuda mano inmovilizó las mandíbulas de la víbora desde atrás y con un sapucay de alegría la expuso ante los aterrados novatos cazadores. Con un brusco giro, Tacifio la arrojó lejos de sí.

Desde aquel día la amistad entre Rofito y Tacifio se transformó en hermandad por ese acto de arrojo; Tacifio, empero, consideraba que era su deber defender a cualquier ser humano si era atacado indefenso, con más razón si se trataba de Rofito.

La hazaña tuvo repercusión en el pueblo, inclusive en poblados vecinos. Atendiendo a una vieja solicitud de su hijo, don Godofredo hizo construir un habitáculo en el fondo del patio destinado a Tacifio. Además, la Comisión de Damas organizó un festejo público por el acontecimiento, fijándole a Tacifio un día de cumpleaños. Don Godofredo, cambiando en forma radical su actitud hostil hacia Tacifio, le permitió entrar en la cocina en invierno para calentar el cuerpo e incluirlo en las partidas de caza mayor, a las que era muy afecto.

Rofito, entusiasmado con la tolerancia que dispensaban a su amigo y a fin de ayudarle en sus menesteres participaba en las salidas campestres, en las oportunidades en que estaba en casa.

Después de aquella fenomenal caída de nieve, el sol brilló con intensidad, desparramando sus rayos por doquier. El espeso tapiz helado se transformó en corrientes rojizas que se escurrían por las pendientes. Bandadas de loros maiceros rozando las copas de los pinos y mariposas amarillas revoleando los charcos en las calles, fueron los signos de la vuelta a la antigua vida.

Don Godofredo preparaba una gran cacería. Por indicaciones de algunos montaraces tuvo conocimiento de que la nevara atrajo a las cercanías del pueblo a un yaguareté, a juzgar por los inequívocos rastros hallados en las márgenes del Pepirí.

Era el único ejemplar que faltaba en su colección de pieles y cabezas con los que adornaba la sala, motivo de satisfacción personal y que mostraba con orgullo a la vista de las visitas, explicando en cada pieza la forma y momento en que fueron ultimados.

Formarían el grupo los camaradas de correrías de don Godofredo, invitados especiales de la Capital —con los que mantenía relaciones comerciales—, dos guías algunos tareferos elegidos por el físico, y Tacifio. Envuelto por el trajín de los preparativos Rofito dudaba en hacerse partícipe de la excursión, por la que no sentía atracción, pero al fin cedió a los requerimientos de su padre.

Tacifio, regocijado por la confianza de don Godofredo, se multiplicaba en atender los detalles de aquella fantástica correría. Los mensúes escuchaban sumisos su cháchara desbordante. Exigía como condición de trato que le llamen "señor", término que algunas señoritas le habían dirigido en son de burlas, no percatándose de ello Tacifio, pues consideraba que era lo apropiado por su investidura en la familia.

Caballos, mulas de cargas, perdigueros y venaderos fueron despachados con antelación y esperarían al plé de la picada.

Al amanecer, partieron en varios vehículos.

Metidos en los túneles verdes, se escuchaba el resoplido de las bestias y el tronchar de ramajes al golpe de las centelleantes hojas de los machetes.

Siguieron el trillo itinerante y abrieron un pique en la espesura. Al atardecer se detuvieron en un abra, circundada por un murallón de bosque virgen que parapetaban cerúleas nubes, donde acamparon para pernoctar.

Se realizó la limpieza del lugar, se armaron las carpas y tramperas en derredor.

El capanga Moncho dispuso las guardias; a Tacifio le encargaron la vigilancia de los cuadrúpedos en un extremo del campamento.

Don Godofredo y su camarilla principiaron un truco, mientras esperaban el sonido de la campanilla, que indicaría que la chastaca a la olla negra estaría lista para servir.

Rofito se dedicó a leer a la luz de una lámpara, quedándose dormido al rato, vencido por el cansancio de la jornada.

Se despertó sobresaltado por un tumulto de voces. Un gran alboroto sucedía afuera. Moncho le comentó al pasar que el yagüareté cayó en una de las trampas; decían que debía ser pesado pues rompió las cadenas de sujeción. Los guías dijeron que sería fácil encontrarlo, pues el arrastre le impediría huir con rapidez.

Al clarear el día, se notaba con nitidez el desbroce de las matas y, más adelante, manchas de sangre.

Rofito, acuciado por el padre, tomó el rifle y se sumó a la comitiva. Los perdigueros corrían desafiados. Bajaron atropelladamente la cuesta, resbalando entre piñones y helechos arborecentes. Los ladridos

horadaban el aire matinal, haciéndos más pertinaces y cercanos.

—Allá está, Rofito -exclamó don Godofredo. Tirale hijo! Al bulto! Tirale!

Los perros se encarnizaban al borde de un manantial.

Rofito temblaba de miedo y rencor. Aguantó unos instantes la respiración y apretando los dientes sonó el disparo. El eco retumbó en la selva y fueron mil explosiones que sacudieron la esplendorosa mañana.

Esparrancado en el agua bermeja, yacía el cuerpo inerte de Taciño, con una trampa para tigres prendida en el tobillo, atravesado por un balazo en el cuello.

FIN

El Sustituto

RAUL E. NOVAU

Generalmente siempre he colaborado con las autoridades; nunca me he negado a hacerlo, toda vez que podía. Además, en casos de votaciones, como en el presente, se recurría a "gente letrada" como dicen en el poblado; y mi cargo como director de escuelas era el indicado en esas circunstancias.

Las mesas se armaron en el Palacete Municipal y en la Escuela de Artes y Oficios, vetustos edificios de un barroco elemental. En calidad de fiscales se nombraron, desde la Capital, a los notables del pueblo: el boticario, algunas maestras, al Jefe de Correos; conmigo estarían en la mesa de la Escuela, amén de los representantes de los partidos, el Juez de Paz y el País.

Días antes se había cerrado la campaña con furibundas concentraciones oficiales en el cine "Gloria", que era al aire libre, y los opositores en la cancha del Guarán. Contrariamente a lo esperado no hubo muertos ni heridos en las vísperas: el comisario se hallaba perplejo.

En la mañana del evento, después de matear, tuve la rara sensación de un día distinto. Sin embargo, todo estaba en su lugar: las lecheras de mi vecina pastaban tranquilamente a la vera de la plaza; el diario pregón del carbonero se escuchaba en las inmediaciones; las criadas barrían los patios, tapizados por una miriada de hojas de mangos y aguacates.

Tal vez lo inusual fuera el chirriar de los ejes de las carretas, tiradas por cansinos bueyes, que avanzaban en hilera por el empedrado, alborotando a los pájaros en los ramajes y a los perros, que, ladrando a los morros, se salpicaban de baba. Areni-

nas rojizas, adheridas a las enormes ruedas, evidenciaban un largo trayecto, e impregnaban el radiante amanecer de los olores a estiércol, sudores de cuerpos, cecinas y charques.

Es que desde cinco años atrás, se venían preparando los comicios usando todos los medios disponibles para lograr la mayor afluencia posible de votantes.

Así rezaba el comunicado que recibió el Jefe de Correos desde la Capital, extensivo a las fuerzas vivas del lugar. Para estar al día con los detalles y novedades de la Capital, una vez al mes se abrían los portones de la Compañía Azucarera, donde se colocaba el televisor del patrón a la avidez de los pueblerinos; lógicamente los primeros invitados eran los niños, que formaban una barra numerosa y bullanguera, atendidos por la Comisión de Damas, que repartían mosto helado y golosinas, entre las películas del Lejano Oeste y las de ciencia ficción del siglo XXV.

También el comisario se encargó de difundir la orden, a través de bandos, ora en los almacenes de ramos generales, ora en los clubes, o bien presentándose en las pistas de bailes de remotos parajes, donde hacía parar la música, y con voz estentórea recitar de memoria el comunicado.

De ahí que el pueblo estuviese abarrotado. Los que no tenían parientes amanecían acurrucados en los corredores de la Iglesia, o en las butacas y entarimado del "Gloria". Las mujeres, muchas de ellas amamantando criaturas, fueron destinadas a las instalaciones de la Compañía.

Me encaminé rumbo a mi tarea. Al pasar los divisé, envueltos en coloridos ponchos, en cuclillas. Yo los miraba fijamente. Pues esa manía tengo: escrutar rostros, buscando el rostro. Mas, todos ellos poseen una mueca característica del sufrir pausado. Parecíame que existiera un fantástico molde que imprime a fuego y para siempre, la faz de aquellos campesinos, impidiendo su individualización. Pero, a pesar de eso, yo insisto en observarlos.

Desde pequeño tengo esa costumbre, acentuada después del asesinato de mi padre. Desde entonces, es algo irresistible, que no puedo controlar. Inclusive me detengo a verlos, y en varias ocasiones he pasado por experiencias penosas, por no saber explicar. Y eso que lo he deducido con claridad, que se trata de mediana estatura, ojillos vivaces, bigotes renegridos, espesas cejas, un clásico pitillo en el borde de la oreja, y el nombre y apellido Mirno S., Popof de sobrenombre. Así lo describieron los cuatreros, escondidos en los esteros, donde llegué luego de una accidentada travesía, aflojando dinero a individuos de dudosa catadura. "Es casi seguro que fue él, señor director, pues él se ocupa de esa clase de trabajitos a cuenta de algunas guaracas, o un montado con calchas o cualquier zoncera... El mató a su padre."

Fue una tarde, de esas en que el viento norte chicotea los tejados y volea las palmeras; quizás fuese el mismo viento que tintineara en los cristales de la sala, al abrirse lentamente la puerta principal, dejando que la luz del bochorno se reflejara en el espejo; fue tal vez en ese instante, que papá haya captado el peligro que se avecinaba, pero fue un reflejo insuficiente para impedir que, con un tajo nítido y profundo, barbotaran las yugulares a impulsos descompasados.

En secuencias vertiginosas, todo se despeñó posteriormente: el velorio, las murmuraciones, el llanto, el entierro, la soledad, la interminable novena, las plañideras, el expediente. Los allegados a mi familia, suponían que en el fondo el asesinato era un arreglo de cuentas por deudas de juego, contraídas por papá y no pagadas. Al cabo de un tiempo, el Alcalde, tomando conciencia del punto muerto en que estaba el caso, decidió encarpetario provisoriamente, hasta acumular más pruebas.

Pero yo tenía la certeza de que, alguna vez, me toparía con el asesino en las fiestas patronales, o en el "Barcequillo", o en cualquier esquina; y así dilucidaría la causa que movió los hilos de tan fatídica (para mí) acción.

Alejí los pensamientos que me asaltaban en ese momento, y resueltamente apuré el paso.

Tres soldados conversaban alegremente en el pórtico de la Escuela. Subí los escalones.

Paí André y el Juez revisaban los padrones; nos saludamos. Casimiro, el indiecito moro criado de la parroquia, cebaba mate desde la cocina detrás de la galería.

Comentóme el Juez que había expectativa por los resultados de esta consulta; que existía más empadronados que en la última elección. Terció el paí, diciendo que las almas se multiplicaban, que "anoche le ayudé al comisario a frenar los ímpetus del capanga Moncho, el cual quería arrimar unas bordalesas de clandé a los muchachos, y de paso ponerles las papeletas en los bolsillos; se armó una vocinglería, pero el comisario con sus soldaditos descalzos armados con viejos Máuseres, les espetó que se callen o les aplico el inciso diez a cada uno, harto conocido por todos, pues los murmullos cesaron de inmediato."

Todo esto es común, digamos normal —dijo el Juez—; en épocas pasadas era peor todavía, pues se acordarán ustedes que antes votaban también los finados, porque la libreta era utilizada por los vivos de siempre.

Eso es difícil que ocurra —contestó el paí—, me he tomado el trabajo de incinerar todas aquellas que correspondían a los fieles difuntos de los últimos años.

Ya se escuchaban voces afuera, así que se dispuso el comienzo del acto.

Penetraron. Arrastraban botas lustrosas o desnudos pies silenciosos en el embaldosado blanqui-negro del recinto.

Adelantábase con el sombrero en una mano y en la otra un ajado documento. Se me heló la hiel, atónito ante unas borrosas letras que aún conservaban su legibilidad, y que dispuestas como estaban clamaban: Mirno S.

La fisonomía tantas veces soñada y rebuscada en el sopor de las noches de insomnio bajo la parralera de casa, con el charuto asomado entre los cabellos, los negros bigotes, las espesas cejas, revelaban de pronto, ante mi estupor, la presencia del que troncho una esperanza, la única que poseía.

La venganza se me enroscó en el espinazo y lengüeteaba mis sentidos.

Que indefinido placer bullía en mis entrañas, al intuir que estaba a punto de finalizar la borrosa procesión interna de las dantescas figuras sin caras.

Se alejaba, acomodando el ponchillo sobre las espaldas.

Le seguí algunas cuadras, sudando profusamente, con las pupilas heridas por el sol, que teñía los contornos de las cosas de un rojo subido.

Cuando se internó por una arenosa callejuela, le grité con todas mis fuerzas: ¡ASESINO! Mientras se ladeaba, con los ojos dilatados por el asombro, recibió la pesada piedra en el cráneo. Al caer se le desprendieron los adminículos: bigotes, cejas y peluca, dejando al descubierto, frente a mi desesperación, el rostro añiñado de un joven desconocido.

Alancé a percibir sus postreros estertores, entre mis sollozos entrecortados. FIN.

Guaracas: dineros;

Paí: cura párroco;

Clandé: caña clandestina;

Los Guantes

RAUL E. NOVAU

Me anunciaron que ella esperaba en el portón. No dudé un instante en hacerla entrar. La última vez que nos vimos fue durante la ceremonia de graduación, cuando recibí los galones de Oficial. Presenté que algo debería haber pasado, pues ella no es afectada a viajar y menos a la Capital; creo que en su vida realizó dos o tres visitas.

Dejé la gorra sobre el escritorio y, deslizando el visillo del cortinado, la divisé allá abajo siguiendo al ordenanza, metida en su rebozo negro, recortada su imagen familiar en el amplio espacio de la plaza de armas.

Esperaba que ella hubiese encontrado el chal de seda, que dejé en su casa como regalo en su ausencia. Que alegría me daba su presencia, pues era mi manifestado deseo el agasajarla cuando viniera y ahora cabría esta oportunidad. Nunca pude conseguir que abandonara, aunque sea temporariamente, su faena en el Mercado. En vano fueron siempre mis ruegos para que dejara la actividad, porque consideraba que el envío de remesas mensuales le era harto suficiente para cubrir sus necesidades. Sin embargo tropezaba con su férrea negativa, dicha con una sonrisa. Yo intuí que ella se desvelaba en demasía por Xenón, mi hermano menor, quien vivía con ella, satisfaciendo sus caprichos de adolescente. Ella había dado todo por nosotros, nos constaba. Con su esfuerzo diario mantuvo el hogar, pues papá falleció durante la Revolución. Desde entonces ella sostenía una fe y constancia inquebrantables, vendiendo pan hacía ya cuarenta años en el mismo lugar y hora.

El Mercado fue nuestro segundo lar, pues allí prácticamente nos criamos; en aquel entonces Xenón

jugueteaba en un improvisado corralito en medio de las verduras. La labor comenzaba temprano, bajo un riacho de estrellas que rielaban al amanecer, chirriando la carretilla en el empedrado frío del pueblo.

Llevábamos como avío yerba, azúcar y carbón para el cocido. Que deleite desayunar, soñolientos y ateridos, con el pan tibio que crocaba en el banasto. Volvíamos cuando el sol comprimía el aire caliente sobre los tejados, mientras Xenón dormitaba en el canasto vacío sacudiendo sus cachetes al compás del rodado.

Percibí sus pasos acercándose. Abrí la puerta y la tenía conmigo apretándome fuerte, con voz ronca "qué bien se te vé con el uniforme, mi hijo". El paso de los otoños estampó de surcos caprichosos su piel ceniza. Pero aún la mirada conservaba el sentido de la determinación, posesionándose sobre las cosas. A pesar de su aparente tranquilidad y a medida que hablaba pude detectar una profunda melancolía; unos círculos violáceos en los pómulos, me dieron la sensación de la real motivación de su aflicción. Yo no alcanzaba a concebir lo desmesurado de su pena, pero entre sollozos me confesó que era tanto su dolor que la muerte sería bienvenida en este momento. Xenón la castigó hasta hacerle desfallecer. Los vecinos fueron testigos e, inclusive, tuvieron que intervenir porque yo profería gritos ante la ira incontrolable de Xenón, quien utilizó el rebenque del viejo para su maldad; cuál es mi culpa? No sé francamente. Reconozco que no soy la de antes, que me caigo cada rato en la calle porque tengo la vista disminuida, y que la carretilla me resulta más pesada y gano menos en el Mercado. Pero todo es para él. Hasta decirte que para ahorrar más, hace años no conozco el jabón de olor para asearme. Oh, Dios! Haz que termine este calvario.

Traté de calmarla, dominando una súbita ola de furor. Ese maldito. Pegarle al ser que hizo jirones su vida para darnos el sol que nos alumbrá.

Tal vez fue por chimentos del vecindario. Sabrás que siempre hubo envidias por la situación de ustedes.

Me parecía que la gente no comprendiera que ustedes son lo que son: hombres de provecho con profesiones cada uno. No podía ser que una mercadera haya hecho estudiar a sus hijos sola. Yo hice siempre caso omiso a las habladurías. La explicación de ellos era muy simple: yo había encontrado un entierro hace años, y que en forma muy astuta mandaba cada tanto al loco Tarcilio a cambiar las libras en la Capital. Según ellos en el fondo del patio, en medio de los naranjos, había plata bajo tierra; decían que las señales eran evidentes: algunos arbolitos raquíticos y amarillentos y fuego de puntas azuladas en vísperas de tormentas. También que en algunas noches se escuchaba clarito el tronchar de espadas y relinchos de caballos. Tamafía falsedad.

Pues bien, después de la verbena fui de peregrinación al Santuario; Xenón tenía otro compromiso fuera del pueblo, es lo que me dijo. Cuando volví quedé con la boca abierta al ver tremendos pozos alrededor de los naranjos. Estuvieron buscando, pensé. En el lugar donde debería estar mi tesoro había un agujero vacío. Los ahorros que durante cuarenta pacientes años acumulé moneda por moneda, habían desaparecido. No podía creer que me sucediera una cosa así. Lo que tanto me había costado a fuerza de sudores, lo robaron sencillamente. Ellos, los vecinos, no podrían haber sabido el sitio exacto por la protección del Santo que cambiaría el tesoro al primer ruido de pico; además, él me hubiera enviado algún mensaje sobre el peligro que se avecinaba. De lo que saqué una conclusión: el Santo no se atrevió porque era una persona familiar. Y quien sino Xenón quien conocía palmo a palmo el terreno y quien, inclusive, me vió contar las monedas una noche, tuvo el sacrilego pensamiento de hurtar a su propia madre? El lo hizo, estoy segura.

El cambió mucho de un tiempo a esta parte. Se ha vuelto huraño y no habla con nadie. Lo tiene trastornado una refresca de las afueras. Todo el pueblo lo sabe, que se vá allá y vuelve atontado; lo más

probable es que le dieron algo, entre esa y la madre que, dicen, se dedica a esas artes.

Después de aquello, lo esperé hasta altas horas. Le pregunté donde dejó el dinero; como respuestas tuve nada más que insultos.

Le dije que me dé mi platita guardada para pasar una vejez tranquila y no pedirle nada a tus hermanos. Pero, yo le observaba las manos, porque ahí estaría la mancha de su pecado; sin embargo, las huellas del veneno que ataca la piel que puse entre los monedones, no se notaban todavía. Tal vez fuera demasiado pronto para que aparezcan. Eso es lo que deseaba me confesara, entonces yo le daría el contraveneno para que bebiera. Le ofrecí el frasquito, pero rompió en el acto y me dijo que me internaría en un hospicio; empezó a empacar sus cosas y me dijo que abandonaba este infierno, claro, con mi plata en el bolsillo le iba a ser muy fácil al señor; ya no me importa lo que hayas hecho, le dije, quédate y prepararé nuevamente el menjunje para que te cures; es necesario que así lo hagas, sino quedarás con las manos como hojas de parras secas, sería una tragedia; traté de impedir que se fuera y me pegó una y varias veces con el chicote en todas partes del cuerpo. No pude resistir el gritar por el miedo a que me matara. Los vecinos, al escuchar los alaridos, aparecieron para ver como él se escapaba rápidamente. Aún tengo las heridas, pero la peor es la del corazón arrepentido por no haber sido más franca y haberle contado a su tiempo mis propósitos. Lo que pasa es que quería brindarle una sorpresa, todo lo hice pensando en él y así me paga.

Tú eres el único que puede ayudarme, hijo. Nunca te he pedido nada; sólo ahora necesito me hagas un gran favor, pues en tus manos está el destino de él y también el mío. De ti depende el hacer que termine este suplicio que llevo a cuestas, ya que siempre fuiste comprensivo y me inspiras confianza.

La policía se puso en su búsqueda y lo hallaron

en casa de esa perdida. No sabes cuanto sufrí en la comisaría al visitarle. No pude resistir el espectáculo. Muy corteses los agentes me recibieron en la sala, como tú lo haces ahora. Justo ha llegado, señora, me dijo el comisario, para ver como empezó a pagar en vida el haberle levantado la mano. Para nuestras leyes, señora, el hijo que castiga a una madre no solamente recibe lo que manda la autoridad, sino las cadenas del cielo. No tiene importancia que sea menor, pues el acto es del alma, sin distinción de edad. Usted tiene que principiar a olvidarse de este engendro. Nunca será el mismo después de esto. Baste que lo haga una vez, para volver al tiempo a repetirlo, porque nos consta de que así es. Ya tiene el corazón minado por el diablo. Nosotros trataremos de sacarlo con nuestros métodos, los que conocemos para estos casos y que a veces dan resultado. Pero no se asuste, señora, no morirá. Venga por acá.

Dicho lo cual me acompañó al interior por un oscuro corredor que desembocó en una cancha de fútbol. En un extremo estaba Xenón desnudo, la cabeza rapada, sosteniendo un montón de leños en los brazos, con los cuales trotaba alrededor de la cancha pequeña y sin pasto. Le ordenaron que se presentara. Estuvo frente a mí, mirándome fijamente y sin pestañear. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y mugre, y sus brazos sangrantes colgaban de los costados, producto tal vez de las astillas.

A ver, Pelón —espetó el comisario—: aquí está tu madre. ¡Bésala!

No hizo ademán alguno de acercarse. Yo alcé los brazos, mientras las lágrimas me corrían alocadamente. Lloré mucho, qué estúpida soy.

Déjelo, por favor señor. Ya habrá ocasión, dije con una voz que apenas me salía. No noté nada en sus manos. Después me pidieron una fotografía mía; les dije que la única que poseía era la del casamiento. El no articuló palabra en mi presencia. Así fue lo que pasó.

No te incomodes, mamá. Quédate un tiempo conmigo aquí en la Capital. El departamento no es muy grande, pero podemos arreglarnos.

Tienes que ayudarme, me dijo. Más que nadie sabes que de allá lo traerán medio muerto. Lo que quiero es verlo y convencerlo de que tome el remedio. Aquí lo trasladarán y quedará bajo tu cargo es seguro. Tú tienes que buscar la forma de sacarlo y de que se vaya a otro país.

Ella se alisaba nerviosamente los cabellos. Yo comprendía perfectamente la situación. Lo que no concebía era el brutal hecho del que fue objeto. Le prometí cumplir sus deseos. Una vez que Xenón sea trasladado me comunicaría con él. Quizá ella estuviera de acuerdo en que me entregara el antídoto para dárselo a Xenón en cuanto lo viera.

No, mi hijo, para que surta efecto se acompaña con una oración que tiene que ser dicha por mí. No te aflijas, que a esta altura ya le habrán aparecido los síntomas y se apurará en sanarse. Clamará por el frasquito cuando vea las manos de color tabaco y arrugadas lentamente. Yo coloqué eso en prevención de los perros; nunca imaginé que mi propio hijo hurtara tan miserablemente, sin escrúpulo alguno. Pero lo he perdonado.

Basta madre, no quiero escuchar más. Vé a descansar.

Nos despedimos. La hice acompañar por el retén de guardia.

Una ansiedad creciente hizo presa en mí en esos días. No lograba conciliar el sueño, mientras mamá rezaba en un rincón de la habitación contigua, parpadeando su sombra agigantada por la vela. Me contaba sus historias de comadres e ilusiones de juventud que aún se aferraban a este escracho; pero presiento que algo quieres decirme, hijo, mas son dudas tuyas madre, no tengo nada que callar. Rememorando nuestras

conversaciones, hijo, el tema fue siempre los posibles entierros de oro; ya tu padre, cuando vivía trató de cavar en casa y otros lugares. Pero la suerte le fue esquivada. Yo en cambio, hijo, tengo la idea de que el tesoro máspreciado es el del trabajo diario y honesto, verdad?

En el parte figuraba la llegada de Xenón desde el interior. Ordené que pronto lo trajeran al despacho. Esperaba encontrarlo en un estado desesperante. No fue así; a pesar de hallarse con visibles muestras de sufrimientos, aún conservaba en la mirada una luz de esperanza.

¡Hermano! —dijo, Nos abrazamos. Percibí un tufo rancio al acercarme. No aguanté más y le dije que tenía ganas de apalearlo. Se derrumbó en un sillón. Mamá te perdonó, pero yo no. Es inconcebible lo que has hecho y mereces el peor de los castigos.

Es necesario que me escuches, hermano. Tengo necesidad de que alguien me escuche. Ten paciencia, y después haz lo que quieras conmigo. No creas que trato de demostrarme inocente totalmente. Nada de eso. Reconozco que estuve mal al huir; tendría que haber afrontado y no lo hice en su momento. Solamente deseo aclararte algunas cosas que quizá estés ignorando. Mamá está loca. Sí, no me mires de esa manera. Nadie se dá cuenta de eso. Mamá está completamente loca.

Cuando ustedes, mis hermanos, se fueron a buscar nuevos horizontes a la Capital, yo quedé con ella. Al principio todo iba bien. Tú sabes que ella no hizo caso de nuestras solicitudes para que deje el Mercado. Lo que logré fue que pusiera un ayudante, el tarambana del Tarcillo. Lo primero que me llamó la atención fue el apego al dinero, un desmesurado apego. Una vuelta la ví rezar con una pila de monedas relucientes. Pude comprobar que efectivamente eran medallones de oro atados con cintas rojas. Cuando descubrió mi presencia se desbordó gritándome que nadie le quitaría lo que había ganado en el curso de su vida. Traté de

explicarle que yo no tenía interés en ello, que era su dinero, que al contrario no había nada en mí que me impulsara a quitárselo. Solamente le reproché no habérmelo dicho antes. Al otro día, y como queriendo borrar el altercado anterior, se explayó en disculpas, contándome que su gran ilusión era vivir para siempre juntos; que me olvidara seguir el camino de mis hermanos, pues ella no toleraría quedarse sola con los recuerdos, sin objetivos. Los dos tendríamos un soberano pasar, pues el futuro estaba asegurado, poniendo punto final a la hermana miseria que reinó tanto tiempo en nuestro techo. La diosa fortuna nos sonreiría de allí en más.

Pero yo notaba su conducta extraña a medida que transcurría el verano. En realidad pude comprobar que estaba alterada de los nervios. Pensaba que sería pasajero el mal, que estaría pasando por un momento crítico. Pero sus reacciones eran anormales. Al perro del vecino, que husmeaba el jardín le derramó agua hirviendo en el lomo. Controlaba mis salidas y enviaba misivas a mi novia, de quien decía que era una mujer barata, las cuales portaban tierra negra en paquetitos siniestros. Yo tenía programado un viaje para conversar con ustedes sobre sus actitudes, que francamente me estaban ahogando. Hasta que una noche al regresar del cine, al prender la lámpara, la descubrí acurrucada en mi cama diciéndome, "ven pichoncito, acuéstate como antes y juguemos". Espantado, huí por las calles desiertas.

Hasta ese punto he llegado. Medité mucho. No podía proseguir en lo que era ya un infierno. Aproveché los feriados del Patrono y me fuí del poblado. Mamá creo también se marchó.

Al volver me acusó de ladrón, que le devolviera su oro, que era un taimado al aprovechar su ausencia para desenterrar la hucha. Yo negué terminantemente la imputación, que es la verdad; no he robado un peso y menos a mi madre. Me persiguió hasta mi habitación con un frasco pequeño que tenía un líquido rojo; fuera

de sí me obligó a tomarlo para que me cure de la enfermedad que contraí al tocar lo que no me pertenecía; traté de defenderme cubriéndome el rostro, pero me agarraba de los pelos, gritándome desahogada: "Pecador, pecador, perjuro", derramando el contenido sobre mi cabeza. Al zafarme cayó al piso golpeándose la cara. En ese instante acudieron los vecinos, con los que me topé en mi fuga, pues otra alternativa no me quedaba. Los perros ladraban en aquella noche triste.

Ella me denunció en la comisaría, diciendo que la había castigado. Nada de eso hubo. Al otro día me llevaron; nunca creí en semejante odisea y que ella llegara a tanto. Estuvo de visita, pero no podía soportar su presencia. Es algo superior a mí. Comencé realmente a ganarle odio. Después el comisario me dijo que ella retiró la denuncia. Pero la policía tenía la certeza de que su condición de madre tuvo una debilidad al verme en ese estado. Todo es un exceso incomprensible para mí. Allí dormía amontonado con los otros presos en las baldosas, con mis zapatillas como almohada y una luz blanquísima en lo alto. Para más llovió tres días seguidos. Nos hicieron desaguar el pozo negro, bajo la lluvia, tirábamos el pestilente líquido, mientras los oficiales jugaban tiro al blanco sobre nuestras cabezas con latitas vacías sobre el tejado de las letrinas, que uno de nosotros se encargaba de reponer.

De noche me hacían besar una vieja fotografía de casamiento de mamá, arrodillado y delante de todos.

Estoy desahogado, hermano, y desolado por la injusticia sobre actos que no cometí.

Está bien, Xenón, ahora tienes que pensar en las salidas posibles. Si quieres te ayudaré a huir para evitar que sigas encadenado. Yo no juzgo si eres culpable o no. Por de pronto es necesario que salgas cuanto antes de aquí. Le pediré a mamá me facilite el remedio y la oración para sanarte.

¡No! No quiero huir. Sería aceptar una culpa y jamás me lo perdonaré. Además, el sólo hecho de vivir fuera del país, sería morir en vida. No. Aún creo con firmeza que existe una justicia y mi conciencia está limpia.

Las palabras de Xenón me impactaron. Nunca hubiese creído que tuviera ese convencimiento y tan sólidos argumentos. Trataba yo de confrontar y recordar lo que dijo mamá. Me veía obligado a entrar en la situación y vislumbraba la pronta terminación de mi carrera. Comencé a desesperar. Había que tomar una decisión y terminar con el peso de los hechos acaecidos que finalmente me aplastarían.

Con un esfuerzo supremo sostuve la mirada impida de Xenón, quien con los ojos desorbitados seguía mis movimientos al desprenderme el guante izquierdo y luego el derecho. Sabía de su sorpresa al contemplar mis manos como hojas de parras secas. Lo que yo no sabía era si ambos me perdonarían.

Una Noche de Marzo

MARCIAL TOLEDO

Venía en el caballo lobuno, al tranco. Gorra, camisa con dos bolsillos y botones, pantalón metido dentro de los borceguíes que había traído como recuerdo de la conscripción y que, por alguna razón que no entendía muy bien, le servían ahora para salir de paseo. Una Tala calibre 22 le colgaba del cinto, a la derecha. Al pasar frente al rancho de Napoleón Reynaldo tuvo que levantar la mano a modo de saludo y desde allí le respondieron. Cuando cruzaron el arroyo, metros más adelante, el animal bebió largamente hinchando los ijares bajo el talón sin espuelas del jinete. Al recuperar el camino parecía más petizo y más gordo. El hombre, delgado, de unos veintidos años, silbó mientras acariciaba con el rebenque las cinlas.

Antes de doscientos metros ganó la calle, perpendicular a la ruta, que llevaba al rancho adonde se dirigía. Era el atardecer de un sábado de marzo. A lo lejos se perdía el camino sinuoso que se incrustaba en el cerro. Aquí no se hablaba de valle ni de sierras. El lugar se llamaba Pozo Feo y era, en efecto, un pozo no muy bien parecido, rodeado de cerros.

—Ahí viene el maestro —dijo alguien en el rancho y unos cuantos bultos pasaron del patio a la galería, en tanto que los perros abandonaron la galería rumbo al patio. Los ladridos se transformaron en seguida en un movimiento de colas y el jinete ató al lobuno en la rama de un paraiso. Más allá del patio, cerca del chiquero, gallinas y patos se movían ruidosamente en cualquier dirección. Saludó el maestro y don Martín Queirós, el dueño de casa, hizo una gárgara con el eterno catarro que lo aquejaba. Los muchachos acomodaron los bancos en la galería y ordenaron el mate para agasajar al recién llegado. Este tosió al tiempo

que colgaba la gorra en un clavo de la pared de madera.

—¿Trajiste los implementos? —preguntó Esteban, al tiempo que don Martín solicitaba permiso para retirarse, pidiendo al maestro que se sintiera como en su casa.

—Todo, hasta el tintero. Hay un portafolios en la montura. Tengo también el tapamangas de lienzo y unos anteojos tipo carey.

—Enrique fue al arroyo a bañarse. Dentro de un rato se presentará en ropa de gala, listo para la ceremonia. Está convencido de que el maestro es también el juez y lo va a casar a domicilio.

Entró Rosita con el mate, sonrosada y sonriente. Preguntó a sus hermanos por el padre y al no hallarlo se dirigió al maestro. "Parece una torta de cumpleaños", pensó éste. "Quién pudiera hacer el primer corte".

—¿Lista para la ceremonia? —preguntó. La otra asintió sonriendo.

—No me gusta mucho —acotó—. ¿Qué va a pasar después? Vos te vas a tu casa y yo me quedo con el problema—. Al devolver el mate el maestro rozó la mano de Rosita. "Quisiera estar en su lugar", susurró y ella salió contoneándose ruborizada.

Pedro, el otro hermano, en verdad el promotor de todo, abandonó la galería y se dirigió al arroyo. Atravesó el sector viejo de la chacra, parte con mandioca y maíz, más allá con raleadas plantas de té entre las enormes de tung, cruzó el rozado donde habrían de plantar tabaco y sigilosamente se acercó al arroyo. Intuyó los preparativos de Enrique para la boda y no quería perderse el espectáculo. Lo vio en la parte menos honda, enjabonándose con fuerza los brazos, cuya piel a fuerza de suciedad acumulada ya no podía volver al estado natural. Tenía una especie de taparrabos orlado de flecos, de un color indefinido. Su rostro trasuntaba una bestial felicidad y emitía sonidos

que oscilaban entre el gruñido y el canto. Satisfecho de su higiene, caminó por el borde del arroyo hasta una tapera de tacuaras y barro, con una abertura a modo de puerta, donde comenzó a vestirse.

Pedro se aproximó diciéndole en voz alta: "Enrique, ya está todo listo. El juez y la novia te esperan. Si no llegás a tiempo, el juez te roba la novia". El otro gruñó mientras se colocaba una camiseta color tierra. Al costado, sobre un baúl, se veían un candil y una botelia con una vela en el pico. La cana, algo trapezoidal, estaba construida de palos y tacuaras. Y el colchón tenía un color indefinido y luego otro sinfín de colores en la línea del rosado al marrón, pasando por el blanco lechoso.

—¿Aquí van a vivir? —preguntó Pedro. Enrique asintió con un gruñido, salpicando de babas un cajón que hacía las veces de mesa de luz. Se peinaba ante un pedazo de espejo colocado en un relieve entre el barro y las tacuaras de la pared. "La verdad que aquí está fresco", dijo el visitante. Enrique gruñó con satisfacción. "Pero, hay que ver si a la novia le gusta. ¿Ya le trajiste a ver el aposento?" Sonrió por toda respuesta mientras terminaba de vestirse.

—Ahora me voy. Que todo salga como se merece un tipo de tu estirpe. Chau, cuñado. Ojalá mi hermana no te arañe. Ah... me parece que lo mira mucho al maestro, quiero decir, al juez. Cuidáte que en una de esas se la lleva el juez y a vos te casa con la chancha.

El maestro bajó el portafolios con los implementos: un Código Civil, un libro de actas, lapicera, tintero y el tapamangas.

—Traje la Constitución Argentina, por las dudas —le dijo a Esteban y ambos rieron. Pero la risa del maestro fue breve y sus manos temblaban casi imperceptiblemente. Dispuso los objetos sobre una mesa y se sentó en la silla cuyo respaldo daba a la pared.

—Prestame la Tala —dijo Pedro, que llegaba en

ese momento—. Hay un gavián cerca del gallinero. Por lo menos lo espanto. Enrique te paga la bala junto con el casorio. Anduvo vendiendo ramas de mandioca, así que debe estar chaludo.

Rosita volvía con el mate y el otro notó que la uña funcionaba cada vez más claramente, pero la expresión de la cara del maestro no estaba del todo en consonancia. La uña era una cosa y la situación otra. Se miraban como diciendo: "Renunciemos a esta broma. No hay derecho a hacerle eso a un tipo, menos aún a un idiota". El maestro pensó algo incoherente acerca de las ilusiones, creer que va a ocurrir algo y encontrarse con lo contrario, chasco, castillo de naipes, locura, berridos, desesperación bestial; sangre de algún modo. Pero le sonrió cuando ella le alcanzó nuevamente el mate. En verdad estaba linda. En la ciudad las hay mucho mejores, pero aquí ella era una reina, del mismo modo que un maestro es una especie de ministro del monte, todos le piden consejo... Me sonrío. Tal vez hoy mismo pueda... si no fuera por esta boludez de Pedro. Ahora me está gastando las balas, payaso. Le sonrío. Claro, no debe ver que estoy preocupado. Mi estómago golpea como una campana que me anuncia una extraña misa. Cuando se acerque otra vez le diré que la quiero. Hacerlo sólo con la uña es poco. Cada vez me trae más seguido el mate. Rosita, te quiero... quiero decir, para mí. Deseo tomarte, apretarte, quitarte lentamente la ropa y besarte todo el cuerpo, no abrirte las piernas a lo loco como hacen con las mujeres aquí estos selváticos.

"Te quiero, Rosita", alcanzó a decir y ella asintió marcándole un beso con los labios. "¿Hoy?", inquirió el maestro. "Esta noche", respondió ella. "Quedáte hasta tarde y entonces... por la ventana de mi pieza..." En ese momento la deforme y abultada silueta de Enrique apareció en el patio. "Qué asco", dijo ella, y después le susurró en el oído: "Yo también te quiero. Desde que te ví. Ya me dolía quererte tanto sin poder estar con vos". Algo se le encendió en el pecho mientras ella se alejaba y entonces vio que el

idiota asomaba la cara a un costado de la puerta. Detrás de él sonreían Pedro y Esteban.

—Aquí está el novio, juez —dijo el primero—, limpio, perfumado y apurado. Ya preparó el rancho con todos sus primores.

—Bien. Pase señor Enrique y tome asiento.

Segundos después Pedro traía del brazo a Rosita. El bestia la miró golosamente y no pudo contener una baba. Se incorporó hasta que la novia tomó asiento en la otra silla.

—Todo está dispuesto para la ceremonia. Soy el maestro y hago las veces de juez de paz y encargado del Registro Civil. Procederé a unirlos en matrimonio. Después podrán ver al cura si desean celebrar el matrimonio religioso...

Rosita no podía contener la risa, una risa nerviosa, entrecortada. Finalmente se levantó con estrépito, abandonando el lugar. Pedro corrió tras ella: "Rosita, Rosita". Era un desaire al novio. Este se incorporó y miraba furiosamente hacia la puerta. El maestro tenía el Código Civil en la mano. Estaba subrayado en parte, de la época en que estudiaba abogacía. Por un momento se vio ante la mesa examinadora. Luego los adustos rostros de los profesores fueron reemplazados por el bestial del novio.

—Conserve la tranquilidad, señor Enrique —aconsejó—. La novia se siente indispuesta pero ya regresará. Tome asiento, señor Enrique—. El bestia comenzó a armar un chalita, que pegó con su baba. El maestro abrió el libro de actas y apuntó en la primera página en blanco: "En la localidad de Pozo Feo, a los trece días del mes de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho..."

—Ya está hecho el encabezamiento. Ahora aguardaremos a la novia para evitar que el acto sea nulo—. El bestia sonrió con profunda serenidad, como agra-

deciendo al funcionario. "Permiso, señor Enrique — prosiguió—, tomaré un poco de agua entretanto". Hizo una seña a Pedro y éste se le aproximó. "Decile a Rosita que venga. Se me ocurrió una idea. Como el asunto puede ponerse feo si cree que lo casamos, simularé que vuelco el tintero sobre el acta y que eso no puede arreglarse, que hay que pedir un nuevo turno al Registro Civil de Posadas. Así ganamos tiempo y el loco se ubica". Pedro asintió. Convino en que sería sacarse un problema de encima y lo mismo habría un poco de espectáculo: la cara del bestia cuando viera la tinta derramada sobre el acta, cuando escuchara la decisión del juez sobre la postergación del casamiento, cuando viera a la novia fuera del alcance de sus manos.

A los pocos minutos volvió Rosita al lugar asignado. Enrique le dedicó una baba doble, como un gracioso paréntesis, apagó el chala en un platito que hacía las veces de cenicero y unió sus manos sobre el lienzo áspero de los pantalones. Tenía los ojos tristes, grandes y saltones como huevos fritos. Rosita deformaba sus pecas con una sonrisa nerviosa. Musitó algo como "Y bueno..." y se frotó las manos con impaciencia.

—Vamos a continuar con la ceremonia —dijo el maestro, colocándose los lentes tipo carey. El libro de actas estaba abierto y el acta comenzada. Aproximó el tintero como para lograr mayor comodidad y continuó: "...ante mí, juez de paz y encargado del Registro Civil..."

—Su libreta de enrolamiento, señor Enrique...
—Este le alcanzó el documento forrado en papel de diario. El maestro manipuló con estudiada torpeza, rozando el tintero. Una exclamación y la tinta cayó sobre el acta. Todos se pusieron de pie, algunos fingiendo alarma.

—Esto sí que es una desgracia, señor Enrique. Vamos a tener que suspender el acto y pedir al Registro de las Personas, en Posadas, que nos habilite otra

hoja. Esta era la hoja destinada al matrimonio de ustedes. Estas cosas son así: hay una hoja para cada matrimonio y no estoy autorizado a utilizar otra. Lo dice la ley—. Asentó una mano sobre el viejo Código Civil y la otra sobre la Constitución. —Vivimos en un país donde todo está previsto por las leyes. —Enrique comenzó a gruñir en una mezcla de portugués y castellano. Guardó la libreta dentro de un pasifuejo a cuadros, atando las cuatro puntas. Al retirarse de la mesa dio con la silla en el suelo, alarmando a Rosita, que no sabía qué hacer con las manos. Pedro y Esteban le decían que había que tener paciencia. Posadas no queda tan lejos. Algún día va a llegar el permiso. "Ahora hay que irse, Enrique. Te cuidaremos la novio. El juez va a apurar el asunto". En la cara de Enrique comenzaban a mezclarse las babas con las lágrimas al tiempo que desplazaba su enorme figura hacia la estufa. Su llanto dejaba de ser silencioso y aparentemente mascullaba amenazas o se quejaba de su mala suerte. Todos advirtieron que comenzaba a sospechar la verdad y Pedro, en el idioma, trataba de consolarlo. Masó a palmearle las espaldas al tiempo que le invitaba un cigarrillo.

—Quedáte a cenar con nosotros —le dijo Esteban al maestro—. Los viejos se fueron a lo de Silvestre y pasarán la noche allá. Rosita va a preparar algo.

Acentó al ver que la muchacha le guiñaba un ojo. Pero advirtió que nadie actuaba con naturalidad y entonces decidió guardar los implementos en el portafolios y borrar así las huellas de algo que comenzaba a disgustarle. Hubo que limpiarlo con un trapo la mancha de tinta que se había desplazado hasta la mesa. Cuando se irá el tipo —se dijo—. Sigue allí, se lamenta, gruñe, no puede aceptar la situación, es una burla muy grande, no tendría que haberme prestado a esto, por más ona que sea es un ser humano, una decepción así debe ser para él brutal, tendría que explicarle que Posadas no autorizará otra acta para que ya se saque de la cabeza... es feo que siga teniendo esperanzas, y, para colmo, ella 'me propuso... dentro de unas

horas puede ocurrir lo que tendría que haber ocurrido con el tipo si el matrimonio no hubiese sido una farsa, puede averiguar que no estoy facultado para casar a nadie, qué tendrá en esa cabeza podrida para ser un hazmerreír de todos, no tendría que vivir en verdad, esas babas y esa cara horrible, cómo puede pensar que una chica como ella lo va a acompañar a su inmunda tapera, andaré con cuidado...

—Eh, che, vamos a lo de Napoleón a comprar vino. Yo también tengo mi caballo listo. —Pedro le hablaba pellizcándole el brazo.

Cuando regresaron Enrique ya no estaba en el patio pero en dirección al chiquero algo se movía y se oyeron unos gemidos. "Parece un lobizón —observó Pedro—. Creo que se nos fue la mano. Pero no te preocupes, es un infeliz". De la cocina llegaba un rico aroma y la mesa estaba puesta. Ella se sentó a su lado. Había como una especie de connivencia. Es claro. Todo está preparado. Ahora comemos, después se irán a dormir, no tan pronto como para que no aparezca muy evidente. Me dejan solo con ella. Pedro le aflojó la cincha a mi caballo y le quitó el freno para que pueda pastar. Sabe que el caballo es manso y apenas se moverá unos metros. Cuando llegue el momento salto la ventana. Ella me esperará ansiosamente. Todos saben que nunca anduvo con nadie, cuida su virginidad para alguien como yo, me sentiré obligado, es la mejor de la zona, no haré mal papel ante los otros maestros, a todos les ocurrió algo parecido, uno llega y después el mundo se le va reduciendo a estos dos arroyos y a estas pocas casas, las cuadreras de los domingos, el pucherón, los bailecitos, los casamientos, ir a Alem una vez por mes a comprar algunas cosas, a veces a Posadas, muy poco, el mundo se achica, de pronto aquí también hay mujeres hermosas, virtuosas a su modo, la conquista es más expeditiva, llegar de visita significa una intención, una mirada otra, una señal al recibir el mate el tercer paso, "te quiero" algo así como "deseo casarme con vos", ese es el caso, aunque lo veo tan cortito, algo que puede empezar pero..., ella

sonríe, los hermanos tratan de que esté cómodo, una farsa de casamiento puede transformarse en un casamiento verdadero, esta es la verdadera ceremonia, nadie se puso de acuerdo previamente pero todo desembocó en esto, siento una extraña sensación en el estómago, comemos al principio un poco en silencio, llegué a comentar algo favorable sobre la comida, me agradeció, creo que los dos pensamos en lo que ocurrirá más tarde, adivino sus rodillas, la piel blanca, las pecas de la cara, mi corazón no está del todo contento, hay algo cuando comienza a conversarse de nuevo sobre Enrique, debe de andar por allí rondando, mezclado con los perros mansos de la casa, un lobizón doméstico, sus enormes manos armando un chala, fuma a grandes bocanadas entre babas espesas, qué es el amor para que una bestia así lllore de decepción o de amor, si supiera que dentro de una o dos horas ella estará conmigo, sus piernas se abrirán por primera vez ante un tipo un poco nervioso, esto es un poco al revés, primero el acto y después el amor, vendré a verla no sé cuántas veces por semana, el tiempo me parece un montón de líquido que atraviesa un embudo, semanas, meses, años; o apenas unas horas, es como si sólo me quedaran las horas, ellos están buscando un pretexto para retirarse, ya comimos, yo busco un pretexto para quedarme un rato más, con el silencio es suficiente, se fueron, para ir a sus piezas deben atravesar la galería, quedamos solos, es como si nos hubiésemos encontrado al azar en una casa extraña y entonces cada cual cuenta lo que le parece más conveniente, en parte la cosa sale así, en parte uno trata de pensar lo que va a decir, de golpe me dice que no hará falta saltar la ventana, los perros podrían ladrar y el hombre andar rondando y ver, me tranquiliza, debo pasar por el dormitorio de los viejos, total no están, no verán mi bulto, no ven mi bulto, ya estamos juntos, seguramente los muchachos se habrán dormido, pocos preámbulos quizás a causa de los nervios, comprendo que es la primera vez, la manera de abrazar y el grito, y a los pocos minutos quiere de nuevo, cree que es cuestión de aprètar una teta, sin embargo al poco tiempo lo conseguimos, y

luego otra vez, me hizo decir una promesa vaga al comienzo, casi sonreí, tal vez sonreí en la oscuridad, no pudo haberla visto, pero ahora le haría alguna promesa, no me lo pide porque seguramente ya se la nice, no podemos dormir, a cada rato nos estrechamos, al amanecer ajustaré la cincha del lobuno, le colocaré el freno y regresaré a la escuela, no pensaba que esta noche terminaría así, y hay tantas noches por delante, semanas, meses, o tal vez horas, horas: habrá estado pastando el caballo, pero no se alejó demasiado, encontré el freno sobre una planta de mandarina, los perros merodean, no ladran al amanecer, la ruta está desierta, el lobuno trotta lentamente, me trae por el mismo camino que recorrí ayer, ¿qué?, ¿está loco este tipo?, me tira de uno de los borceguíes, el caballo comienza a galopar, el otro borceguí queda enganchado en el estribo, me estoy golpeando la cabeza, el tipo me tiene ahora de un brazo, el borceguí se desprendió del estribo, no puedo moverme, algo le pasó a mi pierna, recoge con las dos manos una enorme piedra y viene hacia mí, cada vez la piedra es más grande, querrá asustarme, pero no, en sus ojos hay algo que no veré otra vez, olvidé mi pistola en el comedor, creo que allí la ví antes de entrar a la pieza de Rosita, el mundo se empequeñece, mi vida es esta pierna que no puedo mover y esa piedra que se acerca bajo una cara horrible y con babas. Cuando mi caballo pase por la casa de Napoleón, de regreso a la escuela, solo, pensarán ¿qué le habrá pasado al maestro?

El Veterano

MARCIAL TOLEDO

Todo el Pozo Feo sabía lo que significaban esos tiros y los sapucay chillones que seguían, mezclados con los frenos chirriantes del carro polaco. En el almacén de Silvestre nadie asomaba, es decir, nadie de la familia, pero algunos parroquianos que bebían y jugaban a los naipes comentaron sonrientes, en el idioma, un portugués salpicado de castellano, la situación. Todos los años ocurría lo mismo. Hacía algunos días lo habían visto pasar, callado pero eufórico, pequeño y ensobrecido, rumbo al pueblo, a cobrar su cosecha. Tenía dos buenos caballos de montar, pero seguramente elegía el carro porque cada miembro de su familia, quince en total, esperaba un lindo "presente", un regalo cualquiera que compensara aunque sólo simbólicamente todo un año de esfuerzos en la chacra. Pero él partía solo, apenas un manchón mostachudo dentro del carro, después de prometer con anticipada generosidad y asentir, callado, a otros requerimientos que, éstos sí, no pensaba cumplir. De ida, durante el tramo más duro por lo pedregoso del camino y lo sinuoso y abrupto del cerro, rumiaba el extenso batallar diario y sobre todo el extenuante de los días de la cosecha. Todos los hijos, varones y mujeres, salvo las que estaban conchabadas como domésticas en casa de los maestros, trabajaban duro, de sol a sol. Los más pequeños faltaban a la escuela para cosechar el algodón, el maíz o el poroto, o recoger en bolsas de arpillera el tung, o ensartar en alambres el tabaco amarillo. Faltaban tan a menudo que la policía, a pedido del director de la escuela, le había intimado el cumplimiento de sus deberes de padre, bajo pena de conducirlo detenido al destacamento. Un sargento de apellido Rocasagasta era el más inflexible en estas cosas, tanto que últimamente

era suficiente que el director pronunciara este nombre para que él, Napoleón Reynaldo, prescindiera de la mano de obra menuda. Toda la familia, en verdad, semejando un harapiento batallón, ganaba posiciones en la siembra, lo mismo que en la cosecha, despuntando cogollos de té, que volvían a brotar en pocas horas, sobre las filas interminables, bajo el sol que desbordaba el espacio.

Bien podía ser este el último viaje, meditó, porque, al menos por ahora, no le producía dicha alguna subir de este infierno al otro. Era como la repetición de la misma escena: Angela, su mujer, abriendo el baúl para exhumar la ropa dominguera (para él la anual), con persistente olor a naftalina, planchándola prolijamente a la luz de la "petromax", chirriando los bulones de la vieja plancha a carbón, mientras él limpiaba el revólver (una reliquia que había comprado a un contrabandista hacía veinte años) y los hijos andaban por ahí, como perros que cambian de lugar sólo para echarse en otra parte. Leía por centésima vez el aviso de la cooperativa de Alem, donde le informaban que podía pasar a cobrar el valor de los productos entregados hacía algunos meses, protestando porque no consignaban el monto de la liquidación. Esta vez embetunó la cartera y la enlazó al arrugado cinturón de cuero, arma doméstica peligrosa en sus manos, sobre todo por la maciza hebilla que el tiempo había ennegrecido. Contaría uno a uno los billetes antes de acomodarlos en sus amplios compartimientos. Todo iba siendo apilado en una silla, las botas tipo fuelle, la faja para soportar el dolor de los rifones, las bombachas con los amplios pliegues planchados, el cortaplumas para picar tabaco, el facón con gastado mango de plata. Al costado, la valija de cartón, donde pondría alguna ropa interior y las escasas provisiones que necesitaba, según su mujer, y que volverían al cabo de unos días, en mal estado. No era hombre de masticar en el camino. Fuera de los chalas y alguna mascada de tabaco, o bajarse a orinar, no se detenía nunca, salvo en los boliches. Eso era otra cosa. Acomodaba el maldito carro bajo los árboles, por costumbre, aun-

que fuera de noche, y después a acodarse en el mostrador. En la primera estación, "Casa Celeste Caburé. Almacén de Ramos Generales", se entretuvo hasta después del mediodía. A partir de la tercera copa de caña lo hicieron hablar y la lengua ya no se detuvo. Maldijo a todos los maestros, a sus mujeres y a los hijos, pero sobre todo a su vecino Silvestre, en cuyo boliche no se detenía por enemistad ("le tengo reservada una bala", decía). Los maestros se habían aprovechado de sus hijas que, después de dos o tres años de estar como sirvientas, ya no querían regresar a la chacra y preferían mudarse al pueblo y vivir allí aunque sea como prostitutas. Pero en el fondo no las imaginaba carpiendo a los quince o dieciseis años. Para eso estaban los más chicos, sobre todo los varones, a quienes nadie avivaba, ni siquiera los maestros en cuya memoria pasaban a ser sólo un nombre en el registro de grado y una presencia únicamente en las fiestas patrias, cuando se repartían golosinas.

Continuó pesadamente, gritando de vez en cuando a los caballos, sólo por hacer algún ruido, bajo el sol del que lo separaba el sombrero aludo y negro y en la última pendiente, antes de llegar a Alem, dispuso un poco su somnolencia haciendo girar la varilla del freno, algo dura por el herrumbre bajo la grasa negra. Comenzaban a encenderse las primeras luces que, como en el año anterior, lo guiaron hacia la fonda "El Mediterráneo", del polaco Kaczuk, que lo recibía con grandes palmadas en los omóplatos de pigmeo.

Se irguió, luego de acomodar sus bichos en la caballeriza y tantear el revólver en el costado derecho. El carro también quedaba bajo resguardo, ya que solía dormitar en las tablas del piso (y luego dormir, por la noche) usando como almohada la valija de cartón y como colchón y frazadas las calchas de sus caballos de silla, que viajaban con él todos los años como un equipo permanente. Jamás se le ocurrió pedir una habitación, tal vez porque en su primera visita todas estaban ocupadas y tuvo que dormir en el carro.

Como otras veces, entregó el revólver a Kaczuk

y pidió el primer vaso de caña "para espantar el bicherfo" y poner las cosas en su lugar. Por esto también permitía que el otro lo despojara del arma, amigablemente, por su propio bien, porque "es peligroso que un hombre de tanto empuje vaya armado". "Más vale, don Napo, aguantar alguna impertinencia que terminar en la pelada de puro cojudo". El segundo vaso de caña para bajar el catarro y después una cerveza para poner a tono el garguero. Y sintió que también abajo la sangre comenzaba a palpar. "Mandame, che Kaczuk, la más hedionda para el carro, que no soy nada fino para andar eligiendo y así me despereza, porque uno se atonta de andar todo el año moliendo en el mismo mortero. ¿Cuántas tenés ahora, correntino, polaco bien correntino y preñador? Después me mandás otra para recostarle el rifión en el buche, qué carajo, para eso trabajo todo el año y me puedo dar estos gustos".

Había varias, como siempre, iba diciendo el otro, una en cada pieza. "Van y vienen. Por allí las agarra la policía y desaparecen una temporada. Fijate, Napo, cuando llega una invicta los cruzados la meten en la jaula con cualquier pretexto hasta sacarle bien el jugo. Me la devuelven machucada pero en línea, lista para el servicio regular. A veces vuelven como hechizadas y le tienen miedo a todo, a los ratones, a los borrachos, al ruido de las puertas en la noche. Pero, eso sí, vuelven profesionales en un noventa por ciento y ya no quieren hacer otra cosa. Cuando están muy baqueteadas sirven para cocineras o mucamas y son muy alcahuetas: gozan con lo que hacen las demás, o con lo que creen que hacen".

Se acomodó los mostachos con aire aburrido. Sentía alguna curiosidad por esas cosas, pero cuando venían en forma directa. "Sólo tenés que mandarme la más hedionda, che Kaczuk, para empezar, y las otras después, de a una, por número de pieza, correntino, y además, si todavía me quedan ganas, a volver a empezar, qué pucha, para eso trabajo todo el año y ahora vengo a cobrar la cosecha. Mañana me presento en la cooperativa, retiro el toco y me

lo guardás, Kaczuk, que a mí me lo pueden robar del carro, no quiero esos problemas”.

“Está bien, Napo, lo guardo en la caja fuerte, como siempre, y te lo voy entregando de a poco. Por las minas y el chupí te paso la cuenta al final. Alojamiento no te cobro porque te arreglás en el carro. Ya hay varios que hacen lo mismo que vos. Me conviene porque entonces hago trabajar las piezas por hora. Todos nos beneficiamos. Vos ahorrás, yo saco un suplemento y las potrancas ganan unas chaillitas frescas. Y esto sigue siendo una simple fonda, o un hotel familiar. Aquí la ley no autoriza los quilombos como en Corrientes. Allí trabajé en el “Gato Negro”. Pero la ley no puede modificar las necesidades de la pobre gente. Hay que vivir y dejar vivir, Napo. Por eso todo el mundo me quiere. Me respetan en el pueblo como si fuera el dueño de una fábrica. Te juro, si no fuera por los naipes estaría rico”.

Pasaban los días y el hombrecito continuaba acodado en el mostrador de la cantina, ubicada en el frente del hospedaje, prácticamente sin comer, enarbolando el eterno cigarro junto a la copa de caña o cerveza, la una para “cortar” la otra. De tanto en tanto husmeaba hacía la calle, la lluvia o el sol, la gente que pasaba o los carros de los que como él iban a cobrar las ganancias del año o “el retorno”. Ah, si pudiera seguir así por años, si no tuviera que ir a la cooperativa a hacer cola para cobrar sus pesos, si alguien pudiera traérselos para evitar así las esperas, las humillaciones, los sarcasmos de los empleados de la cooperativa que año tras año le demoraban a propósito el pago para hacerlo protestar en portugués. ¿Por qué no podía enojarse en castellano? Ah, esta vida así sentado, vaciando copas y desmoronando cigarrillos, recibiendo por la noche mujeres en su descolado vehículo, escuchando de boca de ellas cómo se habían iniciado en el oficio, incluso conversando plácidamente con Kaczuk (qué amigo), ésta sí que era vida. Kaczuk anotaba sus gastos en un cuadernito grasiento, se ocupaba hasta del maíz y el agua para los caballos,

de despertarlo de las monas todas las mañanas cerca del mediodía.

Ya no podía postergar la cobranza. Se alisó los mostachos y luego de un breve uso del excusado se encaminó a la cooperativa. Anduvo de oficina en oficina, rezongando y soportando observaciones hirientes hasta que, cerca del mediodía, logró acomodar en su vieja cartera entintada los billetes en fajos "planchaditos". Juró una vez más, por lo bajo, y maldijo al liquidador que, según él, le había birlado con el cuento de los sellados y gravámenes una buena suma. Escupió varias veces en la vereda, como para dejar constancia del profundo desprecio que le merecían aquellos hombres insignificantes con aire de altos funcionarios y regresó a la fonda para dejar en manos de Kaczuk el botín. "Todo un año, correntino", exclamó golpeando los fajos contra el mostrador. Extrajo de un bolsillo dos papelitos arrugados, las listas de "presentes" para sus familiares, y pidió al otro que le mandara a comprar las cosas que figuraban en una de ellas. Estrujó la otra refunfuñando una maldición. "Dos días más y vuelvo", dijo. Anotáme los gastos. Quiero también algunas balas para el trabuco. No sea que cuando tenga que recargar me falten. Que me falte cualquier cosa menos esa bala que tengo prometida. Hoy mandáme, Kaczuk, una que me abaraje bien el riñón enfermo. Esta caña me golpea con gusto la garganta, mi compadre. ¿Cuántas te quedan? ¿En qué número voy?". "Dos, don Napo. Con la de esta noche no hay problema. Pero con la de mañana, la última, yo no sé. Esa vuelve de las rejas. Era nueva y la pescaron en cuanto pisó la fonda. Creo que es de tus pagos, qué sé yo, del Pozo Feo o por allí cerca. Ah, viejo Napo, no le perdonás a ninguna. Ja, ja; si para eso está la plata y el sudor de la frente y la mar en coche". "Qué lindo hablás correntino. Si no dan ganas de volverse al Pozo Feo. Hasta la caña parece más rica en esta fonda. Creo que ahora voy a probar un bocado".

Y esa noche no quería abandonar su pequeña fiesta en el carro. "Avisále a Kaczuk que hoy quiero toda la noche. Total mañana duermo. Ya no tengo que ir a la cooperativa. Quiero sacarle el jugo a este

carnaval". "¿Qué jugo, viejo, si estás completamente seco, hueso y cuero sin vida?", dijo la mujer. "No importa, la vida la ponés vos, putita".

Se levantó a las once y recordó que le tocaba la última y después el regreso. De ese modo cada año quedaba marcado a fuego en su memoria, cada año era algo distinto porque por lo general eran otras aunque el carro era el mismo y los caballos y el ruido de sus dientes en la caballeriza y el sabor de la caña y la cerveza y las burlas en la cooperativa y el maldito liquidador con sus descuentos y "la mar en coche" de Kaczuk y la más hedionda del primer día y los chalitas en el mostrador grasiento y la calle roja del pueblo bordeada de luces al anochecer y el perfume de las mujeres entre el olor de las calchas sudadas y su virilidad trabajosa entre cada historia triste o risueña.

Valía la pena ver qué pasaba en estas últimas horas hasta que apareciera Kaczuk con la factura general, como decía, dentro de la que incluía la factura de los "presentes", la de las copas, la liquidación horaria de las mujeres con el descuento por el uso al por mayor, el alquiler de la caballeriza y la utilización del excusado. Ah, y las comidas salteadas, lo más barato, ja, ja, don Napo vive del aire; qué raro, un tipo con tanto empuje.

Al anochecer ordenó las calchas porque se aproximaba la hora. Un placer adicional le inundaba casi todo el cuerpo. Se acarició los mostachos descoloridos y tosió un comienzo de gripe antes de apagar la comezón con un fuerte trago de caña. "Caramba, cuánto demora", pensó y comenzaba a impacientarse cuando vio que una mujer se encaramaba con la misma dificultad que la de la noche anterior. "Soy yo, don Napo", musitó. La otra no quiere venir. Se enteró de quién es usted y dice que lo conoce. Dijo que se vaya usted de aquí o se va ella de la fonda. Se llama Josefina

y no tiene adonde ir. Déjela en paz, don Napo. Yo me quedo con usted un rato y después váyase. ¿Quiere que le diga la verdad? Es su hija. Pobre viejo. No pensaba encontrarla aquí ¿eh?" "Malditos presentes, maldita fonda —pensó—, maldita familia".

Todo el Pozo Feo sabía, en efecto, lo que significaban esos tiros... y lo que vendría después. El carro se perdió chirriante entre los pedruzcos de la pendiente hacia el arroyo López. "No me queda ni una sola bala para la madre de esa perdida", pensó el veterano y entonces acarició el largo chicote de cuero trenzado con el que azotaba el anca de las bestias. A su lado saltaban entre las barandas del carro la vieja valija de cartón y las calchas mugrientas. Las provisiones preparadas para el viaje volvían intactas pero descompuestas.

Cuando su figura diminuta saltó del carro, chicote en mano, la mirada perdida en los ojos como brazas, nadié salió a recibirlo. Un montón de sombras harapientas huían, como otros años, escondiéndose detrás de los árboles secos del rozado. Tendrían que aguardar algunas horas, rondando sigilosamente la casa, hasta que la furia del viajero se transformara en silenciosa presencia. Ignoraban que esta vez un rencor suplementario le bullía en el pecho.

La Opción

MARCIAL TOLEDO

—Ahí está el hombre —dijo el agente—.

—Que espere. Entre dos y tres horas. Lo mínimo.

El comisario Rocasagasta frunció el ceño al tiempo que golpeaba con el lápiz sobre el vidrio del escritorio.

—Hay dos infractores. Están en la celda general. Uno por ebriedad voluntaria crónica, el otro por desacato.

El curda, a la pelada. Tres baldes de agua y que no se orine. El desacatado, a picar leña. A la noche los veré.

—Señor, el hombre está muy nervioso. Parece que tiene un problema cardíaco. Pide que llamemos al médico de San Javier.

—Bueno, que pase don Juan Méndez. Hablaremos. Cualquier novedad, si no es urgente, esperen que saiga el hombre.

El citado penetró en el despacho de madera y luego de quitarse el sombrero se sentó donde le indicaba el otro. No sabía cómo saludar y emitió apenas un buenas tardes. Todo había cambiado en aquellas relaciones. Ya no podía hablar de cómo iban la carpida o la cosecha. De todos modos, había comparecido con su habitual ropa de salida: amplias bombachas, botas lustradas, camisa blanca, pañuelo al cuello y sombrero. Cabaía abrigar la esperanza de que todo sería como otras veces. Pero no ignoraba que ésta era una citación formal, por motivos concretos, por motivos que por lo menos alguien conocía, tal vez varias personas, entre ellas el comisario, "mi amigo el comisario", como solía decir. Además, ¿cuántas personas de sus dos casas conocían ahora este problema, pero de otra manera? Una cosa

era conocerlo y otra muy distinta compartir ese conocimiento con la autoridad. Y —lo peor— con el director de la escuela y los demás miembros de la cooperadora escolar, esos vecinos que tanto lo respetaban y tenían la debilidad de elegirlo siempre presidente de la cooperadora. Sabía o suponía que comentaban: “Habla perfectamente el portugués y el castellano, es un hombre rígido con sus hijos, excelentes hijos los de un matrimonio, y los del otro, bueno, nadie es culpable, tal vez el bocio o algún problema de la madre; resumiendo: un excelente padre de familia, en la medida en que un hombre puede ser un buen padre de familia”. Cuántos años amasando ese prestigio, mirando a todos de frente, a los ojos, exigiendo en todas partes lo que correspondía, porque ser pobre no es deshonra cuando se es derecho, e incluso no tan pobre, y tener dos hogares tampoco es deshonra cuando se los tiene el uno frente al otro, en la misma chacra, separados por un arroyito, cada familia responsable de cierta clase de cultivos y animales, pero todo como una cooperativa, bajo la sabia dirección del hombre inflexible e incluso piadoso, que no abandona a la primera mujer porque la segunda le salió mejor y asimismo los hijos mucho mejores.

—Tengo aquí un expediente —dijo Rocasagasta, esta vez sin preámbulos—. Usted sabe, don Yango, lo que son los papeles en una comisaría: lo que se escribe ya no se puede romper. Se recibe una denuncia, la firma el denunciante, declaran los testigos, firman, eso es un expediente, cuanto más crece más se escapa de las manos del que lo instruye. Si el instructor lo quiere romper, el secretario lo puede denunciar, y si los dos se ponen de acuerdo, el denunciante los puede denunciar, o los testigos, o cualquiera que se entere que ese expediente existió. Usted, don Yango, era un hombre de prestigio, de pronto comete un error de cálculo y todo ese prestigio se desmorona. Y lo malo es que aquí los testigos también fueron víctimas. Y no hay nada peor que la víctima que encuentra la oportunidad de vengarse. ¿Quiere contarme usted la historia o desea que se la relate yo? Nadie nos oye. Haga de cuenta que soy el cura.

—Comisario, yo no quiero perder mi posición. Me costó alcanzarla. Ser alguien en una colonia como ésta es duro.

—Don Yango, se suponía que usted era un cojudo. Dos mujeres, cada una con un montón de hijos, no es poca hazaña. Pero que la segunda le gustara tanto como para seguir en...

—¿Qué recogió en ese expediente? ¿Qué inmundicias? ¿Quién firmó? Para empezar, niego todo eso, porque si usted me cita hay algo malo que se dijo de mí. Pero ¿cómo lo prueban? Ni siquiera aquí, en el Pozo Feo, pueden acusar a un hombre sin pruebas. ¿Quién me denunció? ¿Qué es lo que denunciaron?

—Vea, don Yango, yo quería escucharlo de sus labios, pero...

—Señor comisario usted me cita y quiere que yo le cuente para qué... No soy instruido pero sé razonar. Si usted supiera portugués se lo diría de otro modo.

—Está bien, don Yango. No debería imponerle del contenido de este expediente, pero se trata de su propia familia y usted conoce en verdad el problema mejor que yo. Sólo ignora cómo declararon esas personas, de qué modo lo acusan, pero sabe perfectamente de qué lo acusan. Puedo tomarle declaración ahora, pero entonces ya no volvería a su casa. Mejor conversamos informalmente hoy y mañana resuelvo. Hay un radiograma listo para ser enviado al Juez Penal en turno de Posadas. Si eso ocurre el expediente pasa a pertenecerle y a engordar día a día. Es lo que se llama la investigación. Probablemente los miembros de su familia sean citados en Posadas para volver a declarar, esta vez ante el juez, y usted pasará a la Alcaldía de Prevenidos y después, si lo condenan, a la cárcel. En la alcaldía hay tantos presos que duermen codo con codo, algunos en el piso, mezclados sifilíticos con tuberculosos y cosas peores, entre piojos y chinches. Le pinto el panorama en nombre del respeto que usted me merecía. No quiero asustarlo pero tampoco engañarlo. Usted tiene el derecho de prestar declaración

ante un abogado, pero para su suerte aquí no hay ninguno. Digo para su suerte porque en un caso así le sacaría todo el dinero que tiene y le haría firmar documentos que para levantar, a la larga, tendría que vender sus bienes. Hay un abogado en Alem: se llama Mínimo Pérez. Si quiere llamarlo no seré yo quien se lo impida...

—Señor comisario, y si yo consigo que mi familia retire la denuncia...

—No lo va a conseguir, don Yango. Hay que analizar bien las cosas. Usted era una persona de prestigio, su palabra era escuchada por todos, contaba con el aprecio del director de la escuela, del presidente de la Comisión de Fomento y de la policía. Pero el rumor de este supuesto delito lo ha descalificado. Tanto da que lo que se le imputa sea verdad o una infamia. Aquí la simple duda lo condena. En el expediente es al revés, según la ley. En una de esas le conviene que el expediente siga adelante para que quede demostrada su inocencia, aunque la inocencia no exista. Pero para la gente de la colonia usted ya tiene un epitafio. Es probable que no lo molesten, pero nadie lo escuchará. En adelante su vida va a ser la de un fantasma, la gente lo esquivará, su nombre será mala palabra: si lo absuelven dirán que la justicia no sirve, o que tuvo la suerte de dar con un abogado pícaro, de esos que manejan todas las argucias. Pero si el expediente sigue adelante la cosa no va a ser mejor para usted: su vida va a ser la de un fantasma entre las rejas, los presos acusados de ciertos delitos leves hablarán a sus espaldas, le harán burlas, querrán castigarlo.

—Evidentemente sólo me queda un camino. ¿Cuál es mi situación en este momento? ¿Estoy detenido o...? —Las arrugas de su rostro se habían acentuado, el mentón le temblaba. Encendió otro cigarro.

—Bueno, eso todavía depende de mí. Mientras no le tome formal declaración usted no figura en el expediente como detenido. En este momento yo no soy el comisario, soy simplemente Rocasagasta, un hombre

que trata de que el prójimo reciba el menor daño posible... —

—Gracias comisario. Le agradezco con toda el alma.

—Si tuviéramos sólo el alma, don Yango, no tendríamos problemas, pero tenemos el cuerpo y allí comienza todo. El cuerpo quiere placer. ¡Si lo sabrá usted, don Yango! Mejor dicho, ésta (levantó un dedo señalándose la sien) le pide placer y lo utiliza. En qué nos se mete uno, don Yango, por ese afán de lograr placer. Quiero que nos entendamos. Yo no le estoy reprochando como hombre. Soy la mano de la ley, esa es la macana. En esta oportunidad y en tanto no sea simplemente Rocasagasta encarno a la ley como el cura es la mano de Dios, o de la religión, qué sé yo, de eso entiendo poco.

—Permiso señor —Interrumpió un agente—. Una novedad, mi comisario. Fue denunciado un hurto, al parecer hurto simple. Juan de la Burra sustrajo una gallina. Radicada la denuncia el agente Polo se constituyó en el domicilio del sospechoso y secuestró el plumífero. Levantamos un croquis del lugar donde fue hallado el cuerpo del delito: cuatro paredes de tacuara y barro, fogón al centro, al costado colchón de arpillera y chala. El nombre verdadero es Juan Da Silva. Le dicen "de la Burra" porque cohabita con un equino de esa naturaleza. El plumífero hervía en una olla de hierro, las plumas habían sido enterradas en las proximidades de la finca. El agente Polo secuestró también la olla por ser el instrumento de consumación del delito. El prevenido se halla confeso. Fue alojado en la celda general. ¿Qué hacemos con el plumífero, mi comisario?

—Que siga hirviendo, agente. Y ahora retírese. Le ordené que no me moleste. Así es don Yango. Usted se casó en el Brasil con su primera mujer y en San Javier con la segunda. Pero nadie lo acusa de bigamia: no nos consta el primer matrimonio. Lo que se hace en otro país está mirado por otros ojos. Trajo cuatro hijos de la primera y aquí sólo le dio hijos a la segunda: tres mujeres y dos varones. Los hijos de

la primera (hay dos mujeres) no están inmiscuidos en este asunto. Nada dijeron de usted. Además, es poco lo que pueden decir. Tampoco sus mujeres dijeron nada. Quedaron sorprendidas de lo que se les preguntó. No pueden creer en nada que lo perjudique. Con ellas podría continuar haciendo una vida normal. Seguirá siendo lo que era, o lo que aparentaba ser. El problema —como usted lo sabe— radica en las tres hijas del segundo matrimonio. Los muchachos por lo menos hacen como que ignoran todo. Tampoco le crearán mayores problemas. El menor sólo aportó algunos datos con relación al problema que se le creó en la escuela a Antonia. Ocurrió hace un mes. Antonia tenía catorce años y su hermano menor recibió instrucciones suyas de vigilarla. Un día advirtió que uno de los maestros la rondaba. Ella, pese a ser muy rebelde, accedió a cebarle mate en los recreos, con la promesa del hermano de que no le contaría nada a usted. Poco después el menor sorprendió al maestro besando a Antonia y por respeto filial ya no pudo cumplir la promesa con ella. Para usted, don Yango, habrá sido un golpe terrible porque inmediatamente se apersonó ante el director de la escuela y le comunicó su decisión de retirarla del establecimiento. El director se mostró muy apenado porque era buena alumna y correcta muchacha y al fin y al cabo el maestro era muy joven y probablemente no tenía malas intenciones. El chico admitió también que ese día usted perdió los estribos, se las agarró con todos, hasta con los perros, y castigó a Antonia con un cinto, como nunca había hecho con ninguna de las mujeres. Después lloró en el patio, solo. Pero hasta ese momento todo hubiera sido más o menos normal. Junto las diferentes declaraciones. Usted la llevó a Alem, viajó solo con ella y gastó más de lo necesario en ropas. La llevó a un baile y bailó insistentemente con ella. Antonia estaba contenta porque hasta ese momento creía que eran simplemente atenciones de un padre arrepentido.

Y en verdad con ella fui un buen padre —pensó don Yango, o tal vez hablaba, ya que el otro seguía con la vista el movimiento de sus labios—. Cumplió

catorce años y seguía con esa rebeldía de las niñas menores. Siempre tenía una respuesta y sus derechos eran sagrados. Tenía miedo de ofenderla con cualquier insinuación. Por eso el castigo fue una reacción fuera de lugar. Cuando me dijo que quería a aquel monigote el mundo se me desparramó en los pies como un montón de escarcha. Tomé el cinto y le di hasta que la muñeca comenzó a temblarme. Después la abracé y la besé porque era mi hija. Ella comenzaba su vida y yo tenía el derecho de prevenirla para que no fuese un instrumento de nadie. Sólo yo podía decirle: "ahora podés aceptar a otro, nadie merece tu virginidad". Pero la castigué mucho y pasaron los días mientras me miraba con un sordo rencor. Rencor a la mañana, a la tarde y a la noche. Le pedí perdón y ofrecí llevarla al pueblo para comprarle ropas porque tenía que ir a su primer baile. Aceptó y regresamos contentos. Todo estaba olvidado. Yo pensé: debo cambiar, hasta ahora todo salió bien y nunca hay que buscar la excepción. Me contuve unos días...

—La denuncia la hizo la menor, acompañada de su hermana María, la mayor de las hijas de su segundo matrimonio. Vino con el marido, que la esperó en la calle, bajo la sombra de un árbol. Era un hombre calvo y serio que se miraba casi todo el tiempo los zapatos. Ella aseguró haberle contado todo y haber sido perdonada. Dijo: "después que le conté se pasó casi toda la mañana golpeando porotos. El poroto recibió los golpes que me hubiesen correspondido. Tenemos varios hijos, tal vez eso lo contuvo. No es hombre de fijarse en dos mujeres, una colmó su medida. Lo demás lo arregla a golpes, con cualquier cosa, a mí no me dijo nada. Entonces resolví venir, señor comisario, porque ella no tiene que pasar lo que pasamos nosotras". Le pregunté por qué hablaba de "nosotras" y me respondió: "La segunda también, puede preguntarle, siempre a los trece años y algunos meses. Nos mandaba a atender un animal o a carpir en un lugar determinado, lejos de los demás, y al rato llegaba. Parecía simplemente carifoso hasta que empezaba a prometer cosas y después lloraba porque

lo que iba a hacer no estaba bien. Primero caí yo y después la segunda, Doralina. Conmigo duró dos años y cuando comenzó con Doralina se fue espaciando. Ninguna de las dos sabía nada de la otra, aunque sospechábamos. Después comenzamos a ir a los bailes y él ballaba con nosotras por lo menos la mitad de las piezas. Todos aplaudían y decían qué buen padre. Y así nos casamos, porque nos consideraban una garantía. Con ese padre no era para menos. Tuvimos que inventar historias para explicar la falta de virginidad. Pero cuando intentó con Antonia dijimos: "pase lo que pase tendrá que pagarla, viejo cochino. Decidimos venir a la policía después de confesarnos con nuestros maridos y obtener su perdón. Antonia no había sido tonta como nosotras y merecía salvarse. Desde chiquita fue rebelde. Lo que no correspondía, no correspondía".

El expediente se había cerrado cuando Rocasagasta trató de matar una mosca que insistía en acariciarlo. El acusado sintió un repentino alivio como si todo acabara allí, esa pesadilla más insistente que la mosca que volvía a las andadas. Pero el expediente volvió a abrirse y el tic tac de un reloj despertador sonó nuevamente sobre el viejo armario del despacho policial. El comisario, dispuesto a leer, marcó con el dedo el sello del folio.

—A fs. 2 —acotó como dirigiéndose a un interlocutor ajeno al asunto— depone la víctima. Dijo llamarse Antonia Méndez, de catorce años de edad. Que la comprenden las generales de la ley con respecto al imputado, ya que es su padre. Que el día 27 de febrero del corriente año, siendo las dieciséis horas, su padre, luego de pedirle perdón por haberla castigado días atrás, comenzó a acariciarla. Que la dicente le dijo que ya lo había perdonado en oportunidad del viaje a Alem. Que su padre se las había arreglado para quedar a solas con ella en la casa. Esto lo comprendió después. Y la volvió a acariciar, ya sin motivo alguno. Que estaban en el dormitorio y la hizo sentarse a su lado en la cama. Que respiraba agitadamente y ella pensó que estaba enfermo y cuando la

vio preocupada entonces dijo que tenía que ser suya antes que de cualquier otro, que la quería demasiado y comenzó como enloquecido a acariciarla en los senos y más abajo (textuales) y a besarla. Que la dicente logró desprenderse de los brazos de su progenitor y con un susto tremendo (textuales) salió corriendo al patio. Fue entonces que lo insultó. Preguntada: en qué consistieron esos insultos, respondió que le gritó: "degenerado, viejo podrido" y otras cosas que no recuerda. Preguntada: si el imputado la persiguió entonces, respondió negativamente, que más bien le pareció que quedó sentado en la cama y tenía la cabeza entre las manos. Preguntada: ¿Qué actitud adoptó la dicente entonces?, respondió: que el corazón le saltaba en el pecho porque era tremendo lo que había ocurrido (textuales) y que entonces se dirigió a la casa de su hermana mayor, que vive en las proximidades, y le contó lo sucedido. Que ambas lloraban porque era una desgracia tener un padre así y entonces su hermana María le confió algo terrible: que su padre la había poseído a ella desde cerca de los catorce años y hasta un tiempo antes de casarse y lo mismo había ocurrido con la otra hermana, Doralina, tres años menor que María. Le dijo a la dicente que eso no podía continuar, "querer abusarse de vos también ya es demasiado" (textuales). Que ese mismo día (por ayer) iba a hablar con Doralina y con los dos maridos y al día siguiente se haría la denuncia. Que obligó a la dicente a quedarse a dormir en su casa y hoy vinieron a radicar la denuncia. Preguntada: si concretamente el imputado llegó a tener acceso carnal con la dicente, es decir, a penetrarla en esa oportunidad o posteriormente, respondió: que no, que siempre la acariciaba, antes, y la dicente creía que eran mimos. Que después de esa oportunidad no volvió a ver a su padre. Preguntada: si la dicente tuvo relación carnal con alguna otra persona, respondió negativamente. Informada en este acto de la designación de perito médico en la persona del doctor Magno Sapister, se le pregunta si tiene objeción que formular a tal designación, respondiendo que la acepta ya que no conoce a tal doctor".

—Todo esto aparece bajo el rótulo de denuncia —acotó Rocasagasta—, figurando María Méndez como asistiendo a su hermana menor. La misma María declara después como víctima de violación, narrando los pormenores en tres fojas, donde explica cosas similares. Doralina, la otra víctima, lo hace después y más adelante deponen los maridos, que se lamentan de aquellas acciones a las cuales fueron ajenos. Siguen los informes de concepto, muy favorables a usted, don Yango, y la planilla de antecedentes, sin anotación alguna. Eso es todo —concluyó el comisario alisándose los bigotes crespos. Era un hombre de unos cuarenta años, corpulento, morocho y algo excedido de peso, con los dientes muy blancos y parejos y una sonrisa estereotipada. El otro, sin quitar la vista del expediente, que ahora descansaba sobre la mesa como un tranquilo signo de horror, se oprimió la frente con las manos.

—Tengo algunos bienes y algo de dinero —atinó a decir—. Estoy dispuesto a renunciar a esas cosas si se pueden dejar sin efecto las acusaciones. Tal vez usted consiga convencer a mis familiares que sería peor para todos llevar adelante esta situación.

—Don Yango, está sumando un delito a otro. Usted está tratando de sobornarme. No lo pongo a la sombra inmediatamente porque comprendo que todo es producto de su desesperación.

—Con su permiso, señor. Se encuentra aquí una de las víctimas, Antonia Méndez, acompañada de una de sus hermanas, María.

—Bien. Dígale a María que puede marcharse. La chica tendrá que ser sometida a examen médico, lo mismo que su padre. Luego será acompañada a su domicilio. Diga al agente Polo que puede tomarse franco y usted vaya al pueblo por las provisiones. Quedaré solo a cargo del destacamento hasta mañana a las ocho. Regrese a esa hora. Encierre al descatado en la pelada y al beodo en la celda general, lo mismo que a Juan de la Burra. No hay más instrucciones. Pueden marcharse los dos.

—Don Yango, creo que vamos a arreglar su asunto sin que le cueste una chirola. Las cosas van a volver poco a poco a su estado normal. Usted se evitará diez o quince años de cárcel. No se olvide que los hechos probados son serios: violaciones reiteradas y tentativa de violación, todo calificado por el vínculo de parentesco. Le haré una propuesta amistosa. Si usted la acepta destruiré el radiograma destinado al juez y el expediente morirá en mis manos. Le repito, no quiero una sola chirola. Sólo quiero lo que usted no pudo conseguir. Hablaré con Antonia y la convenceré a medias. Yo haré el resto. Esta noche o mañana temprano volverán a la casa y todo en paz. No me mire de ese modo, don Yango. Le estoy ofreciendo la vida a cambio de unos minutos de placer de los que usted disfrutó muchos. Conversará con ella todo el tiempo que sea indispensable. Cuando llegue el momento deberá golpear tres veces en esa puerta y la llevaré a otra habitación. Hará de cuenta que esta es su casa, don Yango. Esperará todo el tiempo necesario. Si debe pasar toda la noche aquí descansará en ese sofá. Creo que no hará falta. Unas horas serán suficientes.

Ojos Grandes con Sueño

OLGA ZAMBONI

Esas luces, como un par de ojos sin sueño.

En el principio, había estado en un sueño: la barranca prolongada en el muelle abandonado. Un resto de vía muerta y algunos pescadores de fin de semana (aunque era lunes).

Y abajo, el río color-de-león. Vaya, siempre filtrándose la maligna literatura. Pero estaba bien así, ése era el color, leonado, *flavus, rubens*, o quién sabe qué adjetivo para traducir aquel Paraná crecido —las crecidas de marzo— color de tierra reciénvenida con las lluvias, o quizás por las represas del Brasil, vaya uno a saber.

Esa tierra también la había soñado. Había sido espacio abierto a sus sueños mucho antes de que se abrieran como entonces a una realidad acabadita de nacer, realidad de lunes a la tardecita, así, en el doble diminutivo que le había sugerido, cosa rara, ese lunes que a puro sol se hundía justo hacia el lado de Posadas. Posadas estaba lejos en ese momento. Buenos Aires, más lejos: era casi el poniente.

Y había soñado ese pasto —*pascua*— increíble allí, tan cerca de la ruta ahora, pasto-pascua, mullido y áspero, contra el que se apretaban sus brazos y las manos, así, horizontal, y no le dolía, y el cielo se iba poniendo negro...

—*Mirá las nubes. Cuando era chica imaginaba que eran dragones en batallas, y se deshacían y volvían a surgir; marrones, violetas, azules casi negras. Siempre batallas nuevas, siempre dragones.*

Eso también era conocido y soñado. O tal vez no. Lo había vivido en una era remota, a distinto nivel.

Y por eso se le daba por hablar a él también (¿hablaría solo?) pero no de las del cielo sino de otras nubes y no de ese lugar de muelle y tardecita sino de otro diferente, cerrado y abyecto, de infidencias y gestos.

—Eliot, ¿sabés? leerlo junto al río, "el centro inmóvil del movimiento", leerlo aquí, ¿te das cuenta?, un lunes —la voz se adensaba demorada, hecha recuerdo— pero no trajimos el libro; y ya está oscuro.

Qué le había importado Eliot si él ya estaba en esa tierra baldía y se le había dado por recordar a aquel hijo de su madre que tiraba las colillas al fuego por pura presunción, y quería parecersele, y ensayaba sus gestos frente al espejo, pero en realidad le gustaba su mujer, bah, le gustaba, qué podía él querer a los quince, un mocoso, pura envidia a la arrogancia segura del esposo seguro en el displicente gesto de hombre de mundo, fumador consumado, en cambio él, quince años, los dedos quemados por el primer cigarrillo descubierto, escondido en el bolsillo, agujero después, olor a quemado, y su padre enfrente, riéndose, riéndose, o tal vez el hombre de la risa era otro, o no había ningún hombre, sólo la risa, feroz, hiriente luz ciega a través de una escalera de sombras.

—Mirá cómo se encienden y se apagan ¿no serán contrabandistas?

Por qué había pensado en la escalera y la risa, si era entonces el Paraná, su realidad llena y cálida de lunes a la tardecita, y el monte del otro lado, en el Paraguay ya penumbroso, una lucecita, pero ahora eran dos ojos luminosos sin sueño —parpadeaban, enceguecían—. . .

—Qué fácil; una canoa a estas horas, los dos, qué fácil pasar al Paraguay.

Pero él se había quedado de este lado del río, apegado a su sórdido recuerdo, y hablaba-buscaba el diálogo perdido de sus amores desviados, y no era confesión ni confidencia, era una especie de rugido, como quitarse una adherencia molesta (eso, que le

nublaba los ojos) y tirar por la barranca, por los restos de la vía muerta, todo aquel paisaje de río crecido, porque el otro río turbio le impedía ver, y cada vez más, y ella ya no estaba, y ya no era lunes, y tampoco la voz, ni las nubes, y todo perdido por el recuerdo boludo de sus quince años de ciudadano-todo-lo-sabe...

Lo de ahora ya no era sueño, podía asegurarlo.

Había abierto los ojos y no pudo rescatar ni siquiera la sensación de los pastos —*pascua*— apretada en la piel pastos, melanina, pensó, tu piel melanina en la mía, pensó, pero ahora, melanoplasma era la noche, y esos ojos luminosos, blanco-radiantes, los ojos feroces, cada vez más abiertos, más brillantes, más acercándose al parabrisas nublado, muy nublado, tendría que limpiarlo, ¿o estaba lloviendo?, qué tonto, y todo, por un recuerdo...

El choque fue frontal y directo.

...recuerdo boludo.

...*contrabandistas, ¿viste?*

La voz empezaba de nuevo a jugar.

...*ahora voy a cruzar el río, voy a la tierra baldía, sin Elliot... está tan oscuro... pasar... al Paraguay...*

Otra vez la sensación en la piel del brazo horizontal, como de ortigas. La voz se perdía, se hundía, se evaporaba. Horizontal, sin voces ni recuerdos, y hasta el ruido del motor herido, por fin...

Por fin las luces se apagaron, como por el golpe pesado de unos párpados con sueño.

La Espera

OLGA ZAMBONI

Ahora. Justo. Sonaría el timbre. Abriría la puerta y allí estarías. Mirándola, urgiéndola con la mirada, sin hablar, como si la hubieras conocido desde siempre. Y, claro, ella entendería, lo vería todo tan claro como si estuviese leyendo un cuento de argumento conocido. Por algo estaba el destino, los hados, el tejido de las Parcas que le dicen, todo eso.

Pero esa radio dale que dale. Tanto folklore, como si la patria fuera ese berrear de zambas a tres voces desconectadas. Vaya con el folklore. No le gustaba. Sonaba a Peña de señores gordos y familias respetables de los jueves a las diez de la noche provinciana en el palacio del mate. Pero hay que escuchar algo —se dijo— para llenar el aire mientras te espero sabiendo que no vendrás. Y no vendrás porque no sabés que se mudó de casa. La buscarás y... Vaya —ella sigue pensando— por fin me mudé de la pieza infecta aquella con ventana al gallinero y a las serenatas aborrecidas de los gatos por los techos nocturnos del centro posadefío. Chillidos, maullidos, y cada noche, seguir, escuchar... ¿el timbre? Largo largo como siempre, si te conozco. Ella no puede dudar. Inconfundiblemente, sos vos. Figura delgada, del otro lado de la puerta. Y aguardás tamborileando apenas sobre la madera, pintada de un horrible verde. Nunca fuiste paciente. Ella se sonríe al imaginar la cara que pondrás "que por qué no abro, que seguro he salido a vagabundear como sábado por Bolívar deteniéndome estúpidamente a mirar cualquier cosa por veredas aburridas". Como si no supiera tu costumbre de llegar al puerto alguna siesta de invierno para mojar te la punta de los zapatos, o alguna noche de viento, para imaginar que hay algo tras los montes más allá del Paraguay, y crear itinerarios para los dos. O para vos

solo, sin secretas adherencias que no cuentan. Todavía no lo ha decidido pero creo que no te abrirá. El grito del timbre la ensordece y no puede pensar. Sólo ve la punta de un fósforo arder en el cenicero de loza que dice "Martini", no se ha apagado, quiere decir que alguien sufre. Aplastarlo con el dedo, ya está. Y quemarse el borde de una uña para seguir pensando...

Tus palabras, hoy, tendrían una resonancia especial. No te darías cuenta pero estarías casi enamorado. Y eso la pondría contenta. Si contenta puede ser escuchando tu silencio de dos por cuatro entre el barullo de esta radio que —por qué Dios mío— se ha puesto a aturdir más y más.

Y vos quizá también te sentirías así. Bueno, más bien halagado, porque te ha esperado tanto tanto y lo sabés. Por eso la demora en abrirte. No tendrás el gusto de leer todo esto en su cara llena de dos ojos ansiosos que saltarían a los tuyos diciéndote "por fin". No. Esperará, esperará quien te dice hasta que nunca más amanezca. Y así no podrás penetrarla hasta el último pensamiento. Ese no te pertenece. Tu sutileza para las cosas sin importancia no te llevaría jamás a tanto, por otra parte. Esperarte en cambio es tan... *todo* que por un momento se me ocurre que aún podrías hacerlo. Sí. Llegar de improviso, tocar el timbre de la casa en una noche como ésta, para apagar la radio de un golpe seco, y llenar todos los vacíos, y permanecer, de este lado de la puerta, diciéndome que no he soñado, que has venido, que te conozco, que te he conocido desde alguna vez, desde algún puerto, antes de todas estas esquinas repetidas y estos cuartos de pensión viejos como una piedra sin historia de rosas...

Deslizamiento

OLGA ZAMBONI

"Hay aire y sol, hay nubes. Allá arriba un cielo azul y detrás de él tal vez haya canciones, tal vez mejores voces..."
JUAN RULFO

El auto rodaba fácilmente a impulsos del pie sereno y satisfecho, libre. Había sol y un largo viernes acabado de tareas se demoraba sobre el Paraná. Debía encandilar a los que fueran en dirección opuesta. Feo a esa hora ir a contrasol y sin anteojos. Pero hacía adelante, qué bueno. La sombra alargada del coche, la cinta gris del asfalto, más allá del cruce de Garupá, lo pasaría pronto, y el descenso hacia el puente sería una sedante sensación de deslizamiento. No pensar en nada, sólo el sol en la espalda, el áspero roce del volante y del acelerador, ah, el acelerador calaba el pie, los zapatos a un costado descansaban luego de su trajinada semana laboral.

¿A dónde iba? ¿Era Profundidad un pueblo o una idea? La casita y las cañafistolas amarillas... ¿Cuándo había sido eso? Tanta lasitud equivocaba la memoria, la dilufa entera en la apreciación sensual del instante, móvil y pasajero, el momento justo para no pensar en metas próximas ni lejanas, el camino es para andar, aunque Machado decía... ¿Cómo decía Machado?, quién era Machado, no habría sido pariente lejano de los Machado de Santa Ana, qué importaba, el camino era allí una cinta (otra vez el lugar común), no, era una serpiente (más vulgar todavía), mejor: la ruta de fondo colorado salvaje deslizabile dominado por el pavimento que todavía se rebelada tras días y semanas de lluvia allá por la ruta catorce, lo había oído en la radio, y a propósito, esa radio maldita; el parlante roto, debía cambiarlo, ahora sonaba ronca, bronca; rascaba, y las voces de las estaciones parecían mez-

clarse con la mano derecha que empujaba el dial, y no acertaba a oír nada, su estación estaba mezclada, o muda, las voces arañaban sin salir a flote, perdían estabilidad, una nube las tapaba y eran descargas próximas, y dónde estaban las palabras, se equivocaban, se confundían, las había perdido hacía tiempo, o era su oído, tal vez si se deslizaran, o el programa a esa hora, sí, fin de semana se había hecho para descansar, las cañafistolas, por eso debía ser que de golpe empezaba a anochecer, de golpe.

Trágico accidente en el puente sobre el arroyo Garupá. Un citroen gris claro se precipitó al agua, al parecer por exceso de velocidad. Se continúan los rastreos hasta ahora infructuosos para rescatar los cuerpos de probables víctimas. Se tienen indicios de que el vehículo se dirigía a Posadas. A esa hora de la tarde el sol pudo encandilar al conductor, que acaso haya sido una persona de sexo femenino, a juzgar por un par de zapatos de mujer, encontrado en el interior del coche hundido.

Mirá, leiste el diario, enterate, todos tenemos un doble, aunque el citroen es común y más de ese color, bah, ya sabés.

—Sí, es cierto que me había sacado los zapatos, y los zapatos fueron lo único que encontraron adentro.

Claro que estoy bien. Lamentó por las sandalias, eran lindas y cómodas, me las había sacado por costumbre, vos me conocés, sabés cómo me gusta manejar descalza. Qué pensé nunca ir a extravíarlas.

—Y... claro. Coincide también la hora aunque no la dirección. Pero tal vez se equivocaron, todos se equivocan, se equivoca la memoria...

Rondan las voces, aletean sobre el agua, buscan el camino su estación perfecta, tal vez ascender a una nube sonora, rondan presas, se esparcen inútiles. Lejana, aquella sensación suave de deslizamiento se aquieta, aparentemente, ya en lo profundo.

—Pensá lo que quieras, no preguntes. Yo no te oigo. Hay frío, hay niebla, óme vos, algunas veces las voces tienen que ser ófidas. Lástima, Profundidad, si hubiera existido, hubiera sido un lavado de cerebro, y ni pensar en accidentes. Lástima, perdoname, y óme alguna vez. Yo no tengo la culpa. Bastante tengo aquí, pegada a este barro hediondo del Garupá, pegada a mis palabras de barro, mientras pasa sobre mí el agua inmunda de los que se bañan más arriba. Con el calor y el sol, a estas horas, que otra cosa se le ocurriría hacer a la gente sino bafiarse?

La Payesera

HUGO AMABLE

—¿Para siempre?

—¡Para siempre!

Apretó los labios y cabeceó de arriba abajo, como diciendo: —Y bueno... Si lo querés así...

Anudó una y otra vez. Y otra. Tres nudos. Chancleteó hacia el mueble, especie de aparador convertido en altar, con imágenes de San Cono y San La Muerte, una foto del Zé Arigós, candelas, flores y palma bendita. Tomó de allí un tazón con un líquido de un color indefinido y olor a escabeche. Volvió al centro de la pieza. Introdujo en el tazón un manojo de plumas (¿de caburé? ¿de fiacurutú?), y asperjó en torno de la mesa. Harolda alargó el cuello para mirar el retrato, y tuvo lástima. ¿No sería demasiado? No; estaba bien. Si no suyo, de ninguna.

Ella le había dado lo mejor de su vida. Se había dado toda, sin miramientos ni retaceos. Había dicho siempre sí, siempre bueno, está bien.

El la había usado hasta el cansancio, cuando quiso y como quiso. Después empezó a desamarla. La menosquiso. Tuvo días: hoy no puedo. Tuvo horas: sólo hasta las once... En esas condiciones: afecto medido, caricias contadas. Por sus actividades, sus compromisos. Demasiado trabajo, la vida costosa, la situación tan mala. Pero no era eso, y ella lo supo. No por el anónimo, que rompió descreída, sino por sus propios ojos. Comprobación fehaciente.

—Para estar segura tendrías que esconderte bajo la cama de la otra —le había dicho una amiga—.

Oh, no hacía falta. ¿A qué, si no, iba a meterse de noche en la casa de ésa? ¿Qué había de estar

haciendo allí hasta la madrugada? Y sale bostezando, tambaleante...

—Se me hace que es la misma mujer que tuvo antes. Antes de conocerme.

—¿Será? ¿Y por qué no se acompaña, entonces?

—¿Más vale! ¿Por qué no se acompañó conmigo?

—¿Yo se lo pediste?

No; no se lo pidió. Le hubiera gustado, es cierto; pero ella estaba convencida de que a los hombres no había que andarles con exigencias.

—¿Harolda! Te e'toy hablando. Agarrá el retrato y dale vuelta.

—¿Yo?

—Sí. E'to tené que hacerlo vo. Agarrale con cuidado, por lo borde, y ponele cabeza abajo.

Harolda obedeció. Miró la foto invertida, y tuvo más lástima todavía.

—Tomá esta a-uja e hincale por la parte que más te supo andar gustando...

Harolda tomó la aguja, y quedóse petrificada.

—*—

La carta era breve, pero decía mucho. Cuando leyó el encabezamiento, ahí nomás se le aflojaron las piernas. Cuando llegó a la firma, ya estaba en el suelo, retorciéndose de pena, de dolor, de angustia. El "te besa y te abraza, tuyo que no te oivida" fue el golpe de gracia. Desgracia, más bien. ¡Cómo pudo dejarse llevar por los celos! ¡Cómo no pensó un poquito que donde hubo fuego cenizas quedan! ¡Se lo decía la comadre...!

—*—

—Dale Harolda.

Atravezó el retrato con la aguja, por las partes,

una y otra vez. Y otra. Tres veces, según se lo indicaba la payesera.

—Ahora sí.

—¿Para siempre?

¡Para siempre, como vos pediste!

—*—

“Por desgracia, te enteraste. Ella me había andado buscando, y yo, por no parecer menos hombre... Estaba dispuesto a dejarla, como te prometí; pero vos no quisiste verme más”.

“No sé lo que me pasa, estoy decaído, sin naturaleza. Pero pienso que cuando vos vengás...”

—La payesera. Tengo que encontrarla para que deshaga el payé —pensó en voz alta Harolda. Se vistió a la ligera, y salió en su busca. Anduvo cuadra y cuadra, una exhalación, corriendo casi, hasta el Barrió de las Latas. Pero el Barrió había entrado en el nuevo plan de urbanización, y la casucha de la vieja transfundida fue a quedar justo en el medio de la calle, obturando con su caduca estructura el trazado de la arteria. Inevitablemente, hubo de ceder ante el avance civilizador de la topadora...

Una vecina le aseguró que se había ido a San Vicente; pero otra le dijo que no, que había preferido el Brasil, en donde, aparte de parientes, tenía sin duda mayor campo de acción.

Para morirse. Optó por ir adonde él vivía y la esperaba. Ensayaría a fondo sus propios métodos, métodos enteramente... femeninos.

Dos horas, dos horas y media. Tres. No había caso. Bajó suavemente de la cama, y comenzó a vestirse con lentitud. Procuraba sonreír, le costaba aparentar un ánimo que no tenía. Pensaba. O trataba de pensar. ¿Qué hacer?

El hombre habló desde el fondo de su decaimiento:
—No hay caso...

—Después, te pondrás bien... No digas nada —le previno con el gesto—. Cuando yo vuelva, estarás curado. Tené paciencia por unos días.

Terminada de vestir, se acercó a la cama y lo besó largamente en los labios. Enseguida salió, sin volver el rostro: lloraba.

En San Vicente no estaba. Ni la conocían. No titubeó en irse a Brasil. Pero... ¿dónde buscarla? ¿Y si hubiera muerto? ¡Ah, no quería ni pensarlo!

Tentó por la línea de Porto Mauá, Tuparendí, Santa Rosa; regresó por Tres de Maio, Boa Vista, Horizontina, Tucunduva. Más de una semana, y ¡nada! ¡Ni noticias!

Tornó junto a él. Había estado ausente diez días. Ensayó otra vez sus métodos... femeninos. Pese al resultado negativo, le pareció que algo se había ganado. Hubo cierto indicio... Pero ¡no! Recordó el payé, la seguridad con que la payesera había dicho ¡para siempre!, y decidió intentar nueva búsqueda. Cruzaría otra vez la frontera, en esta ocasión por San Javier.

La escena de despedida fue semejante a la anterior, sólo que ahora el desaliento del hombre era total.

Recorrió la zona que se había propuesto: de Porto Xavier a Sao Paulo das Missoes; de allí a Roque Gonzales; de Roque Gonzales a Cerro Largo... Entonces fue cuando la vio. ¡Increíble! A la vera del camino estaba, fumando su charoto. Hizo detener el ómnibus, y descendió.

—Vo quisiste para siempre... Y para siempre... ¡e' para siempre! Só hay una manera de librarle...

—¿Cuál?!

La payesera desliza el pulgar por su garganta, en un gesto inconfundible.

—¡Oh, no! ¡Eso no!

—¿No me e'tás diciendo que ante verle muerto que en ese estado? ¡Onde fincamos, a la final!

Harolda le habla, le explica, le ruega. Logra por fin convencerla: irá con ella, la acompañará, previa consulta con un vidente, de esos que no faltan en el sur brasileño. Mientras espera, Harolda rememora. Y se siente desgarrada por el remordimiento.

Durante el viaje, la payesera le da cuenta de las serias dificultades que existen para deshacer un payé de esa naturaleza. Claro que ellas dos son las únicas que pueden intentarlo, actuando conjuntamente. Pero el resultado no es seguro. Y aun existe el peligro de que... ¡Harolda no quiere ni pensarlo!

El desenlace se precipitó de una manera imprevisible. El vidente había dicho —había sugerido, más bien— que al final de todo se advertía sangre y muerte. La payesera no le dijo nada a Harolda. Para no asustarla antes de tiempo. Ella estaba convencida de que lo que había de suceder, sucedía siempre inevitablemente. Pero la gente no lo entendía así. El noventa por ciento de las personas que la consultaban, que requerían sus servicios, esperaban un final feliz. ¡Pobres! Y estos dos...

El hombre echó a un lado la sábana y la sobrecama que lo cubrían, y saltó del lecho dominado por una tremenda excitación. Se arrojó sobre Harolda, le arrancó la ropa a pedazos. Harolda lo abrazó, carne palpitante, y ambos cayeron al suelo. Harolda era feliz, pese a los golpes y estrujones. Y su gozo no tuvo límites cuando sintió, carne palpitante, que el hombre respondía victorioso al reclamo de la naturaleza...

Extenuados, yacen los dos amantes sobre las tablas del piso. En Harolda pesa, además, el esfuerzo de concentración exigido por la payesera. ¡La payesera!

—Sangre... Mis manos están sucias —musitó Harolda, sin reaccionar del todo.

—Y yo: tengo el cuerpo manchado de sangre. Vos, con tus manos... —dijo el hombre incorporándose.

Entonces cobró conciencia de lo acontecido. Y se estremeció de terror.

Obstinación Fatal

HUGO AMABLE

—¿Renegarás de tus dioses?

—Madre: somos un pueblo vencido. Nuestros dioses ya no existen.

—Nuestros dioses existen y vigilan.

—Ellos nos abandonaron. Estamos a merced del Tupá de los cristianos.

—¡No es cierto! ¡Añá membé!

—No me maldiga, madre. Maldiga a nuestro destino.

—¡Nunca seré cristiana!

—Tampoco yo...

—Pero escuchas sus palabras... Te dejas sojuzgar. ¡Y recibirás el bautismo!

—La mayoría de los nuestros... Madre: ¡es necesario sobrevivir! Y si en esta situación el Tupá de los cristianos nos admite como hijos, podremos...

—¡Basta! Y tú eras jefe... ¡Prefero morir!

Dialogaban los padres. Sólo seis misioneros para más de cinco mil aborígenes. Y no era cosa de dejarlos en manos de los encomenderos, porque entonces sí que la obra evangelizadora se perdía. ¡Con esos métodos violentos al servicio nada más que de su codicia y nada menos que de su lascivia...!

Se distribuyeron. Aquí quedaron dos: *Paí* Laurentino y *Paí* Doménico.

Trabajaban día y noche, sin descanso. Al tiempo que enseñaban, aprendían: aprendían a manejar, a

dominar la lengua de los guaraníes; se interiorizaban de los hábitos preexistentes, ora para canalizarlos, ora para sustituirlos; se enteraban de sus miedos y supersticiones, para combatirlos con efectividad...

Todo era nuevo y riesgoso en esta misión. Difícil, siempre. Pero ellos poseían un espíritu de sacrificio a toda prueba; un entusiasmo indeclinable. Había buena materia en esta raza aborigen. El indio era dócil, salvo excepciones.

Una de esas excepciones era la anciana impenitente de quien tantas veces habían hablado. Hurafía y contumaz. Se turnaban para catequizarla. Magros resultados: cuando creían haber logrado una pizca de asentimiento, de aceptación, los desengañaba con una negativa o los escandalizaba con un exabrupto rayano en la blasfemia.

No hallaban modo de evitar que anduviera con los hechiceros. A menudo se la veía conversar con alguno de ellos, secreteándose en un dialecto extraño, jerga inventada quizás con fines de ocultamiento. Y no faltaba ocasión en que se descubriera a los hechiceros reunidos en asamblea, agregados ciertos individuos que habían sido y eran lo peor de la tribu (rateros, proxenetas, holgazanes, intrigantes...). Entre tales, la vieja obstinada.

Aunque los hechiceros simularan acatar todas las normas que se les impusiera; aunque se mostraran sumisos y obedientes, los funcionarios les desconfiaban, los jefes militares los tenían bajo estricto contralor. Circunstancia hubo en que estuvieron a punto de ser pasados por las armas, al encontrárselos en flagrante idolatría con prácticas indecorosas. Los salvó la intercesión de *Paí Doménico* y *Paí Laurentino*.

Fue después de ese episodio que la vieja cambió. Por miedo. Miedo y cansancio. Además, se sentía enferma. Deseaba que la dejaran en paz, y optó por decir amén a todo: a lo que le enseñaban, a lo que le sugerían, a lo que le prohibían, a los medicamentos que le administraban.

En esos días estaba al cuidado y bajo tutela espiritual de *Paí Doménico*. Este intuyó que no era por convicción que la obcecada mujer había modificado su actitud. Una voz interior le aconsejaba diferir el bautismo; por lo que, al verla tan desinteresada, tan indiferente, decidióse a esperar.

—Creen que es por miedo. ¡Pero yo no tengo miedo de nada! Ni de la muerte. ¡Más vale! Si ya estoy queriendo morirme... Tan pronto se descuiden me escapo, y me voy hasta el refugio de *Payé Ambu'a*. Le pidió un veneno bien fuerte, me lo tomo y ¡*opama!*

—Déjese de esas cosas, madre. La muerte viene sola, cuando ha de venir. Usted solía decirlo, ¿se acuerda?

Yo no me acuerdo de nada. ¡Ni quiero acordarme!

—Es mejor que se esté tranquila, madre. Vendré a visitarla todos los días, hasta que se cure.

A la noche comenzó a relampaguear seguido. A intervalos cada vez más cortos, el cielo se iluminaba. Hasta que se hizo un continuo resplandor. *Araverd guasú*, decían los aborígenes. Luego estallaron los truenos, tras el fogonazo de cada rayo. Y sobrevino la lluvia. Un aguacero de padre y señor mío.

Amaneció lloviendo, y continuó lloviendo todo el día. Típico clima de esa tierra de las Misiones.

Al tercer día de lluvia, el agua desbordaba las calles, saltaba por los declives, se estancaba momentáneamente en los bajos, penetraba en las casas, y concluía haciéndose laguna en las hondonadas.

Arrimado a la casa de la vieja, se alzaba un muro de adobes. Carente de desagües, el muro ofició de dique: contenidas las aguas fueron inundando la vivienda a medida que el nivel subía.

La obstinada anciana estaba inquieta. Nadie la atendía, nadie la vigilaba: todos se hallaban ocupados en alguna tarea relacionada con el temporal y sus

perjuicios, desagotando aquí, reparando allá. Intentó una escapatoria. ¿Para hablar con los brujos? Nunca lo sabremos.

Un palmo de agua cubría el suelo de su habitación. Sólo un palmo de agua. No había peligro para una persona mayor. Pero fue caudal suficiente para que naufragaran allí los ocultos propósitos de la vieja impía.

Quiso levantarse del lecho; pero las fuerzas no le respondieron, y cayó al suelo boca abajo. Quedóse inmóvil en esa posición, postrada. Y se ahogó la infeliz.

—¡Castigo del cielo, por despreciar el bautismo!
—exclamó el ayudante del Padre Doménico.

—No repitas eso, hijo. Sólo Dios sabe cómo y por qué —replicó el sacerdote.

Fue el comentario casi obligado de la comunidad. Durante semanas no se hablaría de otra cosa. Españoles y criollos (entonces se les llamaba "españoles de América") estuvieron contestes en que toda la culpa había sido de la desgraciada vieja. Los padrecitos habían hecho cuanto pudieron por salvar su alma y mejorar su salud.

Alguien, uno de los notables del pueblo, díjole a *Paí* Doménico:

—Una entre miles. Insignificante naufragio, Padre, en comparación con las muchas almas que ustedes han salvado.

—Un alma vale tanto como miles. "Habrá más alegría en el cielo por el alma de un pecador que se convierte..."

—Lo sé, Padre; pero ¡a qué afligirse por lo irremparable! Si Dios Nuestro Señor así lo dispuso...

Quizás este vecino tuviera razón; pero no dejaba él de sentir una profunda pena por esa desgracia. Y con él, todos los misioneros.

El domingo siguiente, *Paf* Doménico y *Paf* Laurentino impetraron en la misa por el alma de la desdichada. Atrás, en un rincón del templo, el hijo, ex-cacique de la tribu, musitaba en guaraní una plegaria...

NOTA DEL AUTOR: Este cuento, se ha inspirado en uno de los temas contenido en las *Cartas Anuas*, traducción de Olga Zamboni. El narrador ha utilizado con entera libertad el texto que gentilmente nos hiciera conocer la traductora.

Destino

LUCAS BRAULIO ARECO

Los dedos callosos intentaron apartar las telarañas del espejo colgado junto a la ventana. Ojos azules, enmarcados por hondas arrugas, hallaron en la atenuada y difusa profundidad del cristal deteriorado, la aparición casi fantasmagórica de su propio rostro. Era como un exámen, una búsqueda en el trasfondo del pasado. Allí en el cuarto de la vieja casa, mitad madera, ladrillo y adobes, donde transcurrieran casi cuatro décadas, en ese exilio de Loreto, muy cerca de las ruinas guaranícas.

Había llegado un día, joven, pletórico, de su Moravia lejana. Con Bertha, su esposa, y como él, dispuesta a roturar la tierra en medio de la selva tupida, cerrada, después de un largo viaje en el carro de altas ruedas. Y esa casa se levantó como su propia esperanza.

Luego la lucha, sin pausas. La tierra noble, los imponderables de la sequía tremenda o las lluvias en demasía.

Un día, su Bertha, luego de una jornada tremenda, había cerrado los ojos y partido para siempre.

Recordando todo aquello se retiró de la vieja ventana de grises tablas.

Empeñado en un amargo recuento, como dando vueltas en los límites de su habitual soledad.

Afuera, el calor avanzaba como la cercanía de un incendio, con alguna brisa que no alcanzaba a alterar el bochorno.

—Don Antonio?

La voz cortante llegó del fondo del patio. Voz de mujer que llamaba.

—Ya voy, pués...

Salió a la resolana agobiante, levantando el rostro y fue hacia una muchacha que avanzaba cruzando el patio.

—Le traigo las camisas. Están listas para usar. Solamente faltaban algunos botones, algunas puntadas...

Portaba un envoltorio del que sobresalfan las mangas de las camisas de trabajo.

—Clarita, diga nomás cuanto es todo.

—Después, nomás, don Antonio.

—Nó. Es abuso de mi parte mandar arreglar ropa y no pagar. Vamos, diga cuánto...

El insistía y la muchacha se negaba.

Entonces hizo un gesto y se llevó la ropa adentro y la dejó sobre el amplio lecho. Tomó un paquete que estaba sobre una silla y salió nuevamente.

—Mire, ésto lo compré para usted Clara. Estuve en Posadas. Unos metros de tela para un lindo vestido. ¿Qué le parece?

A la muchacha se le animaron los ojos.

Pero, Don Antonio...

—Nada. Nada, es poca cosa. Siempre haciéndome favores y no quiere paga. No puede ser, muchacha...

—¡Ah, y diga a su mamá que cuando tenga un poco de tiempo que venga por aquí que quiero hablar con ella.

Ella asintió en silencio, y pronto se alejó por entre los grandes árboles que daban al camino real.

Silenciosa y ardiente la noche, sin aire casi, dificultando el sueño. Antonio daba vueltas y vueltas en el amplio lecho solitario. Las imágenes de ayer volvían nítidas. Cuando Bertha estaba a su lado. Cuando luchaban por que el surco diera sus frutos.

Ahora la soledad era cada vez más pesada, más densa.

¿Clara? ¿Porqué no?

Era natural, eso sí, que sus seis décadas no conjugaban con aquella exultante juventud veinteañera. Pero...

Las sombras se atenúan cuando avanza la madrugada. Antonio dormita apenas y es muy temprano cuando se levanta con nervioso y decidido gesto.

La cocina de tablas y paja, pegada al cuarto; el fogón criollo en el suelo que enciende enseguida. Y el mate inevitable que se hizo costumbre con los años. Un poco de café casero y el pan de cebada cocido en casa.

Afuera el día ya estaba abierto como un escenario, como un grito a lo alto, con un cielo transparente, sin nubes.

—¿Y que me dice usted?

La mujer baja el rostro, recompone su vieja pañoleta sobre el cabello entrecano y lo mira como estudiándolo.

—No sé, Don Antonio. Hay que ver que dice ella. ¿Ya le habló?

—No. Primero quise saber que dice usted...

—Yo no digo nada; si a ella le gusta...

—Claro, soy bastante viejo quizá para ella. Pero le daré lo que haga falta. Pienso que se acostumbrará conmigo. Yo necesito una compañera... Yo...

—Hable con ella, don Antonio. Por mí no hay problema.

El diálogo terminó. La madre de Clara Saucedo se alejó hacia la ruta con su canasta de frutas al brazo.

Antonio regresó silencioso al patio de la casa. Algo

sonreía muy adentro. La figura de la muchacha estaba fijada como una estampa en su mente.

Hoy mismo hablaría con la muchacha. Le ofrecería casamiento.

No hubo celebración especial. Después del Registro Civil y la bendición religiosa, regresaron a la casa. Ella parecía contenta, pero con una alegría sin estridencias, atenuada.

Cuando entraron al cuarto, ella fue a cambiarse a otra habitación. Aprovechó ese momento para abrir el antiguo baúl de madera y latón reposorio de antiguallas. Sacó del fondo una desvaída fotografía de Bertha. Aparecía sonriente, juvenil, como había sido hasta su partida...

—Sabes, Bertha. Tuve que hacerlo. Estoy demasiado sólo. Pero no te olvidaré nunca, sabes?

Guardó con emoción extraña aquel recuerdo y bajó la tapa del baúl cuando ella regresaba, como envuelta por una extraña belleza.

Aquella noche, Antonio Tomasek inauguró un nuevo tiempo en brazos de la Sulamita que le marcó el destino. Afuera, la brisa veraniega movía suavemente las copas de la arboleda.

El verano, asistido por los vientos del norte castigaba el monte y ondulaba la temperatura bárbara. Antonio parecía otro hombre. Como salido de un marasmo obsesivo. La sementera acompañaba la sensación de plenitud con una cosecha abundante. La roja tierra sonreía al sol tremendo.

La esposa nueva parecía contenta. El no pedía más. Las jornadas de todo el día en la chacra, se interrumpían solamente con la llegada del almuerzo modesto que ella le traía, para regresar después de una ocasional y trivial conversación.

La miraba alejarse y su contentamiento le llenaba las venas. Creía haber pagado su deuda con la soledad

que hasta ese momento era como un cilicio.

Ubicó en la bolsa lo comprado. El almacén de Eric, el sueco-germano, estaba desierto. El era el único cliente de la mañana. El almacenero pasaba un sucio trapo sobre el gastado mostrador de madera y chapa.

Ya se iba, cuando le habló, mirándolo fijamente con sus pequeños ojos azules que parecían dos pequeñas linternas en el ancho rostro de rubia barba encanecida:

—Antonio, somos amigos de muchos años, ¿eh?

—Pués, claro.

—Bueno. Yo no quiero meterme. Pero no me gusta que la gente hable y se divierta a costillas de un hombre bueno... Vos sós honrado, Antonio...

—¡Qué pasa!

—Bueno. El asunto es que tu mujer...

Sintió que se le enfriaban las mejillas.

—Pués no sé como te casaste con Clara Saucedo. Vos no sabés que ella...

—¡Vamos, adelante!

—Pués seguramente no sabías que antes había sido mujer de Pedro el camionero, ese que siempre llega por acá y hace viajes a Rosario... También lo fué de Severo, ese sinvergüenza repartidor de carne... En fin. La gente charla y dice que cuando salís, llega gente en tu casa para entenderse con ella...

Antonio se irguió como una pantera y con enorme energía soltó la bolsa y se apoderó del cuello de la camisa de Eric, casi levantándolo, mientras el otro no atinaba a defensa alguna.

—¡Basta, Eric! ¡Basta de chismes sucios..! Y ahora mismo termina esta porquería de amistad que tenemos...

Lo soltó, tomó la bolsa y salió a grandes pasos.

El almacenero lo miró alejarse, exaltado y dolido por el fin de aquella amistad de "gringos", de tantos años...

Luego murmuró, mientras reanudaba la limpieza del mostrador:

—Si no quiere oír, peor para él.

Avanzaba por el camino alfombrado de polvo rojo disuelto como arena que le llenaba las viejas alpargatas. El sudor era un río ardiente bajando por las mejillas, mientras la tempestad crecía muy adentro y la sangre le latía violentamente.

Se puso al costado del camino a la sombra allí existente para tomar aliento. Luego de algunos minutos siguió la marcha.

Cuando entró a la casa, Clara estaba en la cocina.

Dejó la bolsa y siguió al patio al galpón de las herramientas.

Allí estuvo sentado largo rato. Las palmas de las manos sobre las sienes pulsaban la presión arterial agitada.

Resolvió callar. Había traído a su mujer al techo humilde, sin preguntas ni sospechas. Ella cumplía con él. No esperaba de ella los ardimientos volcánicos, y sí apenas, esa compañía necesaria.

Quizá fuera cierto, quizá...

La voz de Clara llegó desde la puerta:

—Cuando quieras, está listo el almuerzo.

—Voy enseguida.

Mientras comía la observaba sin que ella se diera cuenta. Podía ver, indudablemente un cambio casi imperceptible. Ya lo había notado en las noches cuando su mano buscaba su presencia y ella maquinalmente

se alejaba. El no insistía, entonces.

El sueño huía y las luces del día lo sorprendían con ojos abiertos.

Podía notar, ahora, una distancia, que no se atrevía a romper.

—Voy a lo del japonés a buscar el abono que le encargué la vez pasada.

Ella lavaba inclinada sobre la tina bajo el amplio dosel que formaba un naranjo en el patio.

—Está bien.

—Mirá. Creo que voy a volver tarde.

Ella no lo miró, pero asintió con la cabeza.

Cuando llegó a la chacra de Ichiro Somi distante varios kilómetros, éste salió a recibirlo. Lo había visto desde lejos. Con su permanente sonrisa que parecía una mueca.

—¡Hola, amigo Antonio, tanto tiempo...

—Que tal, Ichiro.

Entraron y pronto estuvieron en plena charla animada. El japonés lo convidó con algunos pedazos de carne asada, mandioca hervida y un trago de vino barato.

Pasaron al sembradío y a los jardines contiguos que rodeaban la casa del oriental. Todo aquello semejaba un vergel de leyenda.

Cargaron el "humus" y la hojarasca amasada que era el mejor abono, en la caja del carro. Siguieron la animada charla mientras la tarde avanzaba rápidamente.

Había pasado el tiempo casi sin advertirlo. La compañía de Ichiro le resultaba como un descanso. Era sutil, ingenioso, y a momentos, infantil.

Cuando decidió regresar y ya en el carro, se

animó a una pregunta:

—Decime, Ichiro. ¿No tienes esposa?

El japonés sonrió levemente.

—No precisa mujer. Yo soltero, mejor, sabe? Pero yo te cuenta:

—Antes, hace mucho, en Japón, yo tener esposa. Yo joven, enamorado, casa con linda muchacha vecina. Gran fiesta. Gran alegría de Ichiro. Pero un día descubre que esposa linda engañaba con muchos cuando Ichiro iba a trabajo en fábrica. Y descubre cuando vuelve a casa antes de hora que estaba con amante... Este corre pronto y escapa. Y yo entonces mata a esposa maldita...

Ichiro sonrío como si aquello fuera algo sin importancia.

Antonio se queda de una pieza.

El otro prosigue:

Entonces policía lleva preso. Yo está en cárcel cuando viene guerra con yankis. Entonces vamos a pelear todos. Yo vá a la marina imperial. Herido dos veces. Después termina guerra y yo prisionero. Cuando largar a mí yo vene á Argentina. De Buenos Aires, aquí en Misiones, donde tene un parente que ya morió...

Y subrayó con otra sonrisa:

—Hoy, Ichiro, contento; tranquilo...

—No, no quiere esposa. ¿Para qué?

—No quiere más dolores...

Con un gesto se despide y regresa lentamente, mientras el sol iba cayendo y marcando pesados nubarrones en oro y sangre sobre el paisaje serrano. A su lado y en las dos direcciones posibles pasaban veloces autos y camiones. El seguía a media banquina en el pesado carro. En cambio llevaba sobre sí algo así como una losa gigante. Paladeaba sin querer el

corto y tremendo episodio de Ichiro Somi. Y al hacer el balance no podía evitar una angustia que como garra le quitaba el aliento.

Estaba oscureciendo cuando entró al camino de tierra que daba a la chacra. Llegó, desató el cansino caballo y dejó la carga para ocuparse de ella a la mañana siguiente.

No había luz en la casa. También le sorprendió un extraño silencio en todo el ámbito.

—¡Clara!

Llamó dos veces. No hubo respuesta.

Entró lentamente empujando la puerta entornada, sin llave. Encendió un fósforo y el viejo farol colgado del techo disipó la oscuridad e hizo más dramático el silencio total.

Pasó al dormitorio, lentamente. Nadie.

—¡Clara!

Evidentemente no estaba en la casa.

Cuando divisó sobre el amplio lecho un papel escrito. Lo leyó rápidamente:

"Me voy, Cuando llegues ya estaré lejos. Hoy a medio día pasamos al Paraguay con mamá y mi primo Elvio. Disculpame pero no puedo seguir con vos. Yo necesito otra vida y estoy aburrída de estar metida aquí, cocinando y lavando. Soy para vos una sirvienta que no te cuesta nada; Aunque vos no tenés la culpa; Yo sí porque acepté el casamiento. Después de todo te agradezco por todo. No me busques que no volveré. Llevo el dinero que estaba en la valija porque lo necesitaré. Disculpame y adiós.

Clara"

Volvió a leer lentamente. Luego arrugó el papel entre los dedos y lo tiró. No sentía, extrañamente, amargura ni disgusto. Parecía haber escapado de su

cuerpo y que podía contemplarse a sí mismo a la distancia, ausente de toda sensación.

Salió de la pieza y recobró la realidad. Con las sombras del contorno montuoso el aire llegaba en frescas bocanadas.

Fué al viejo baúl y a la luz del farol hurgó nerviosamente. Halló el paquete cuidadosamente envuelto. Lo revisó, sacó la fotografía de Bertha que seguía sonriendo a través del tiempo. Apretó con ternura la postal sobre el pecho y la dejó sobre la mesa de luz, cuidadosamente.

Vestido como estaba, se tendió en el lecho que ahora era otra vez solamente suyo y cerró los ojos para iniciar un viaje sobre las colinas de un territorio de paz desconocida.

Memorias del tío Hipólito

NICOLAS CAPACCIO

Yo tenía diez años cuando murió mi padre. Recuerdo que sus últimas palabras fueron éstas:

—...Sí, fue un pájaro... un pequeño chingolo... Y expiró dulcemente.

Era la misma versión que tantas veces había escuchado sentado en sus rodillas mientras miraba a la familia jugar a la lotería, y hacía mención a un hecho de su juventud a partir del cual se ordenaba la vida de todos.

Se remontaba a aquella vez en que siendo ellos muchachos —mis tíos y mi padre— descubrieron en una caminata por el campo que el tío Hipólito, el menor, evacuaba pájaros.

Había un antecedente remoto en la familia. Un primo de la abuela al que en la aldea habían querido venerar como santo pese a las oposiciones de la iglesia. De niño le había oído comentar a ella más de una vez que el tal antepasado: —*Avitava in un nido di cicogne*. Y venía después una confusa historia de anunciaciones y apariciones de un ser alado que de ninguna manera era la cigüeña que reclamaba su nido, pero sí era seguro que a causa de esos acontecimientos el pueblo vivió en trance de milagro durante mucho tiempo.

—...Lo supimos señalado por el dedo del Señor. —Repetía mi padre agonizante— cuando él se agachó y salió volando un pajarito... tengan todos fé... él es el elegido...

Al parecer, nuestra familia estaba predestinada a llevar a cabo un hecho milagroso como no se veía desde los tiempos bíblicos. En un momento dado,

alguno de sus miembros, el elegido, se transformaría o engendraría un ser del Paraíso. Una criatura alada y celestial, un Angel de la Guarda o alguna otra volatería como las que pintaron sobre tablas los viejos maestros.

Después de incontables años de esperar, parecía que el milagro, finalmente, lo iba a realizar el tío Hipólito en América.

Durante mi infancia y la de mis primos, el tío Hipólito no había sido más que un tipo raro que en vez de caramelos nos obsequiaba —cuando jugábamos estrepitosamente bajo las granadas— hermosas plumas de ave, plumas que no nos servían para nada, pero que no dejaban de ser un presente al que nos tenía acostumbrados desde antes de tener memoria. Hipólito las recogía de a puñados en el piso de la Letrina Encantada, y cuando salía al patio lo rodeábamos para recibir aquellas liviandades de todos los colores que un rato después habríamos desparramado por la calle.

Había blancas y negras plumas de teru teru, plumitas de perdiz llenas de ojos tornasolados, espigadas plumas de chimango, parduzcas de gorriones, plumizas de paloma y, generalmente, se producía una rebatiffa por apoderarnos de las encarnadas de churrinche.

La Letrina Encantada la construyó el abuelo por la época en que el tío entró en la adolescencia. Cuando al parecer toda la familia padecía desde horas tempranas porque él se había encerrado en el baño a tener sus pájaros. Entonces, los recién levantados, del otro lado de la puerta, esperaban pacientemente hasta despacharse al fin por diferentes lugares de la huerta. Al principio instituyeron cierto orden distribuyéndose los sitios, pero como era inevitable que se vieran por entre el encañado del tomate o la hojas del repollo, el abuelo una mañana marcó con cinco zancadas el cimiento y levantó para él solo una letrina en el fondo del patio.

De esa época le quedó al tío José la costumbre de ir bajo los ligustros y no pisar más un bafío en su vida.

Al principio se la llamaba la letrina de Hipólito, pero después que él comenzó a llenarla de plantas, de maceteros, de perchas y jaulas para sus muchos pájaros, la tía Irene, con su genio romántico, la bautizó como Encantada, y de ese modo le quedó el nombre que fue de uso común en la familia.

De a poco Hipólito la fue transformando, embelecándola. Aparte del gran nidal de paja donde se acucillaba para poner sus pájaros, construyó una alberca en el centro donde flotaban los camalotes de corazón y abrevaban las aves. Solía echar en ella mojarras que le traían sus hermanos para que los Martín pescador, parados en el borde, las levantaran con el pico.

—...Como fue de golpe, primero creímos que Hipólito había alzado del suelo el pajarito... pero enseguida se agachó y nos mostró como le salía una torcacita... —Eso contaba mi padre mientras revolvía los números de lotería dentro de una bolsita. Contaba por milésima vez el primer anuncio del milagro. La familia, mientras, oteaba los cartones dispuestos sobre la mesa de la cocina y jugueteaban con los protos dispuestos a anotar. A pesar de la atención concentrada en el juego se deleitaban oyendo el viejo relato.

Yo, sentado en sus rodillas, agrandaba pacientemente un agujero que había en el hule. Alguien decía algo de la helada que caía afuera.

—Treinta y cuatro —cantó mi padre—.

—*Va bene* —murmuró la abuela y completó un cartón—.

La tía Irene atizaba el brasero y quemaba de a ratos cáscaras de naranja.

—Ojalá viva yo para verlo —dijo el abuelo—. Mi

padre sacó otra bolilla, la giró entre los dedos y la acercó a los ojos.

—Los dos patitos.

El abuelo murió sin llegar a ver el acontecimiento y lo mismo le ocurrió a José.

En vano su mujer carpió y sembró amapolas cerca de los ligustros. Ya nada crecería en ese espacio amoniacal y yermo que dejara el tío.

Irene, soltera para siempre, se consagró al cuidado de Hipólito. Ahora salsa poco de la abarrotada letrina donde en las madrugadas y los atardeceres, era ensordecedora la mezcla de graznidos, chillidos y dulcísimos trinos.

Por entonces yo ya había crecido lo suficiente como para estar iniciado en todos los detalles del advenimiento. Pausadamente, en una atmósfera cargada de orégano y ajo picado, la abuela me reveló un día mientras revolvía la polenta:

—E bello, grande come un arcángelo; con lunghe ali di tutti i colori.

Se pensaba que poco antes habría un anuncio, alguna clave que anticipara la llegada del enviado celeste. Como es frecuente, alguien hacía coincidir los sucesos del primo de Italia con la llegada de un cometa. El caso es que se agudizaron nuestras observaciones sobre fenómenos del tiempo y coincidencias de tipo doméstico: palabras dichas por dos personas en el mismo momento, el recuerdo simultáneo de algún fallecido, la relación casual entre un estornudo y un número, eran el material sobre el que trabajaban en especial la abuela y tía Irene. Isidro, con otro criterio, suponía que los indicios se harían manifiestos en el cielo, de modo que observaba cotidianamente el desplazamiento de las nubes y los halos formados alrededor del sol y de la luna. Como fruto de estas detenidas lecturas del firmamento elaboró después una intere-

sante tabla de números para jugar a la quiniela,

Un día la familia vivió horas de gran agitación al comprobarse que los pájaros de Hipólito cantaban de noche al tiempo que proliferaban unos extraños pulgones que secaban las alegrías del hogar de Irene. Pero fue un anuncio que no prosperó. Una helada tardía disipó todas las expectativas: mató los pulgones y casi todos los pájaros pequeños.

Pasó mucho tiempo y la esperanza de que Hipólito diera a luz al enviado, si bien no murió, se recluyó agazapada en el fondo del corazón de cada uno. Hipólito había envejecido, y ya no solo no repartía plumas a los hijos nuestros sino que apenas lo veíamos nosotros mismos.

Sólo de tanto en tanto solía evacuar algún pájaro; había entrado en una especie de menopausia y nuestra fe, aunque no lo confesáramos, se resquebrajaba ante esta disminución de su capacidad de postura.

Irene, ya anciana, sobrevivía para prepararle sus alimentos especiales y para higienizarle la Letrina Encantada que era una jungla deprimente, llena de helechos con telas de araña, hiedras deshojadas y calas raquílicas. Del mismo modo Isidro se había consagrado a conservar la abuela como a una venerada reliquia a fuerza de frascos homeopáticos y baños de asiento que le aliviaban los proloxos.

Finalmente Hipólito dejó de tener pájaros. En las jaulas sólo quedaban, de los últimos tiempos, algunos corbatitas, alguno que otro tordo descolorido y en el patio, picoteando entre las clavelinas, dos o tres gallinetas llenas de piojillos.

Fue después de las tormentas de ceniza cuando el tío tomó la costumbre de pasearse a la luz de la luna con los brazos extendidos. Al principio, y mientras duró la caída de esa blanca nevada, creímos que lo hacía por el sólo hecho de ver como se le posaba en las manos ese polvo volcánico que venía desde la

cordillera. Pero muchos meses después, cuando la ceniza era un recuerdo e Irene había juntado toda la posible para fregar las ollas, Hipólito seguía, en cada luna llena con su planeo por entre las plantas y bajo las higueras.

La abuela, aunque nadie por ese entonces tomaba muy en serio sus versiones a causa de la ceguera, decía haberle visto resplandecer un nimbo de luz alrededor de la cabeza.

Ló visto mentre camminiavo. Brilla durante la notte come un faro:

Acabamos por reconocer que aquellos indicios eran los más seguros que habíamos tenido nunca. Entonces decidimos que si algo iba a ocurrir por lo menos que la letrina quedara presentable, y si se producía el milagro que no fuera en esa atmósfera de gallinero.

Irene arrancó los amarantos deshojados y las cretonas descoloridas. Con los chicos dimos una blanqueada. Fregamos el piso con acarofina.

Finalmente, un domingo de otoño, Hipólito se acurrucó en su nidal con síntomas que nunca antes había experimentado. Ese mediodía servimos el estofado de la polenta con las pechugas y muslitos de los últimos pájaros que quedaban, e Irene se levantó dos veces durante la comida para ver cómo seguía el tfo. A media tarde mandamos los niños a la calle y nos entretuvimos jugando a la escoba.

A eso de la oración, en aquella hora en que solía escucharse el bullanguero aleteo de los pájaros, el tfo Isidro terminó un cigarrillo de los tantos que había fumado y se acercó a la puerta de la Letrina. Irene estaba adentro desde hacía varias horas. Estuvo un rato indeciso y finalmente entró.

Un momento después salía llevando tiernamente del hombro a la tía. Entre sus dedos, Irene tenía un capullo sonrosado, un plumón como de un ave que no fuera de éste mundo. En la comisura de sus ojos

brillaba una lágrima que enjugaba con su pañuelo de hilo bordado con florcitas celestes.

Sentí en mi cara el filo de su pómulo cuando me abrazó para decirme:

—Fue demasiado para él. No pudo. Sólo alcancé a recoger esta pluma.

En ese momento, en el dorado del crepúsculo, vimos como la abuela se acercaba tomándose de las macetas, alertada por nuestro silencio, creyendo percibir entre luces y sombras.

—*E' arrivato l'ucello del paradiso... E' arrivato l'ucello del paradiso...* —repetía estirando los brazos. La tomé entre las manos como a un gorrión derribado del nido. Sentí sus huesitos desarticulados que esperaban aflojarse para siempre. No tenía sentido darle ninguna explicación.

—Si abuela, *e' bello, con lunghe ali di tutti i colori* —mentí piadosamente. La dejé entre Isidro e Irene. El último sol daba en la cornisa de ladrillos. Los vi estrecharse y, con todo amor elevar al traspuz la pluma del enviado.

Entonces me fui, porque no podía soportar la emoción de verlos en ese trance y porque sentía que no iba a poder disimular la alegría brutal que después de tantos años me daba el fracaso de Hipólito.

Las lágrimas me inundaron, me desbordaron, y me encerré en el baño para que nadie —especialmente los niños, que ya correteaban por la casa— me vieran llorar.

Salté un rato después, reconfortado, cobijando en la mano el primer pájaro que lograba poner: un precioso cardenal amarillo.

Las Confesiones

NICOLAS CAPACCIO

Desperté con el sagrado nombre de Dios entre los labios, me incorporé en el duro lecho, y luego de musitar una corta oración y de salvar los avatares de las pérdidas necesidades corporales salí de mi celda y avancé por la galería penumbrosa. Ví entonces como algunos murciélagos rezagados buscaban las vigas de sus dormitorios en el insinuado amanecer. En realidad, yo tampoco nunca me sentí bien a plena luz, y preferí siempre, desde mis días de novicio, la lumbre amarillenta de las lámparas claustrales o el fulgor parpadeante de los cirios.

De reojo divisé, al pasar, la luz de incendio de la panadería donde el hermano Esteban, a esa hora, alineaba los blancos senos de las galletas sin hornear sobre la larga mesa enharinada.

Algunas palomas alzaron vuelo desde el campanario. Mentalmente comencé una oración y al final de la galería emboqué en el pasadizo que muere en una poterna lateral. De pronto allí, en el ángulo de ese pasadizo, me inundó el vaho que a través de la puerta del pequeño excusado exhalaban las tripas del hermano Teodoro.

Quién diría que ese santo hermano al que durante la misa, en estado de éxtasis divino hemos visto levitar, pueda en otras circunstancias llenar todo el ámbito del convento con semejante pestilencia. El Superior ha dicho alguna vez que el hermano Teodoro —por su índole inmaculada— corporiza los pecados de todos nosotros y, de tanto en tanto, al igual que se limpia el resumidero de la cocina, él debe aliviar su encarnadura humana que es tan sólo una envoltura de la que se sirve para transitar por este mundo.

Sali a la calle. Por sobre los húmedos tejados vi entre esfumados azules y arreboles la llegada del día cercano. Mi excursión fue breve, pues luego de doblar el ángulo esquinero crucé el empedrado de la calle desierta y traspuse el gran portal del Convento de las Hermanas Penitentes.

Desde hacía algunos meses y por méritos de devoción, yo era el confesor de las novicias, misión que transformaba mi alma en una débil barca capeando la galerna más embravecida.

La confesión de esas novicias —que nunca más verían el rostro de sus semejantes y que a juzgar por la frescura de sus voces tenían por delante una larga vida de penitencias— dejaba a mi espíritu en tales condiciones que, únicamente la Fe en Nuestro Señor y en su Bondad Infinita, podía apaciguar y devolver a la calma después de muchas horas de oración y de elevar mis preces con la esperanza de aspirar a un modesto lugar en la futura Gloria Eterna.

Apenas hube tocado el llamador las ancianas hermanas de custodia corrieron los visillos y destrancaron los cerrojos para darme la bienvenida en el Nombre de Nuestro Señor. Oré brevemente en la pequeña capilla del pórtico y escoltado por tres de ellas traspuse las rejas de separación entre este mundo y los umbrales de la eternidad.

Al mero resplandor de las imágenes fui conducido a los confesionarios interiores después de haber trocado mis sandalias, contaminadas del pecado del mundo, por los immaculados escarpines tejidos por manos tan piadosas que ya no soportarían sobre ellas ni el roce de una mirada humana.

Con el alma suspensa y el nombre de Dios entre los labios, penetré en la tiniebla de ese breve recinto donde se libraría la singular batalla entre los más duros y empecinados embates del pecado y la férrea e incommovible Fe. A través del minúsculo calado de la tabla de pulido cedro, yo sería el encargado de alentar su triunfo en la lucha contra las más

aviesas formas que toma el mal para acecharnos. Serían —lo sabía ya por experiencia— los susurros lastimeros, la vacilación para pronunciar cosas que habían dejado en la paz del alma un rastro lacerante, los sollozos de arrepentimiento...

Para fortuna de mis fuerzas humanas las confesiones no eran muchas, pero la brevedad estaba contrapesada con el intenso esfuerzo. Como de costumbre las voces me fueron familiares y reconocibles y agradeceré eternamente a mi Señor el haber inspirado al Superior para que me designara en aquella tarea pese a mi relativa juventud.

Pero este día estaba yo particularmente exaltado, y el comienzo de las confesiones que trataba de prolongar en lo posible, es decir, rastreando hasta en lo más recóndito, coincidió con la prosecución de la tarea de horadar, a la altura de mis manos caídas, pacientemente con mi pequeño cortaplumas, un orificio en la tabla de cedro divisoria.

Lo había comenzado semanas atrás, y a juzgar por la profundidad de la caladura y por la cantidad de viruta que recogía para no dejar el menor indicio, no tardaría en traspasar aquella barrera opuesta entre los males terrenos y la virtud del cielo.

Decía de mi exaltación porque creía que en cualquier momento, conseguiría mi propósito, tan paciente y laboriosamente buscado. Había —pese a la oscuridad y al trabajo realizado al tacto— tratado de darle al orificio una forma circular, y para ello mi afilada hoja desbastaba los bordes hirsutos de la rebelde madera.

Aquella mañana mis desvelos fueron recompensados. Logré coincidir el traspaso de mi dedo mayor con la llegada al confesionario de una voz en particular, la que esperaba desasosegado todas las mañanas. Una voz digna sin duda del Coro Celeste, y que tenía la virtud no sólo de acelerar los latidos de mi corazón sino también el trabajo de mi cortaplumas con el relato de sus peripecias terrenas.

Era, siempre, la confesión más larga, y la que dejaba mi alma tan dolorida y llagada como las ratas que cazaba el hermano Esteban en la panadería y que sometía a los suplicios de esa pequeña sucursal del infierno que es el horno de cocer el pan.

Así, después de oírlo, chamuscado y enfermo salía yo en los días anteriores del confesionario, pero con la Fe fortalecida al tener comprobaciones evidentes de que el Señor me mandaba aquellas pruebas para ir templando mi alma pecadora.

Más ni el flagelamiento con las disciplinas, ni el silicio más apretado, podían apaciguar aquel impulso de seguir oradando que, seguramente, estaba emparentado con el que vivía en el hocico de las ratas de la panadería cuando ahuecaban los panes hasta meterse de cuerpo entero dentro de ellos y ser a veces sorprendidas por el hermano Esteban. Más de una vez coincidió que, afilando yo mi cortaplumas en la gran piedra de amolar de la panadería, él sorprendiera alguna, y entonces era comprobar el filo mutilando las pequeñas orejas, las manos de diablos dedos, el sensible morro bigotudo, y que después echáramos los despojos al horno encendido donde ardían un instante como han de arder, sin duda, las almas condenadas.

Esto me llevaba a pensar en si los designios del Señor no me depararían un destino semejante, pero, olvidado de esas visiones en cada oportunidad seguía perforando la madera.

Aquella mañana, mientras oía la cálida voz, completé mi tarea, y dejé que el curso de la confesión buscara los vericuetos propios de lo que se expresa dificultosamente: los sueños terribles, los deseos que viven más agazapados...

Con suaves palabras fui logrando que me fuesen relatadas todas estas visiones, hasta en sus menores detalles, especialmente aquellas referidas a episodios que tuvieron lugar antes de la entrada al convento. Sabiamente fui allanando el camino del torrente.

Por fin llegó la voz a un punto en que manifestaba, sin dejo de duda, la portentosa lucha interior de aquella alma que, en lo más florecido de la juventud, no vería jamás las flores verdaderas ni oiría el plar de los pájaros madrugadores.

Aquella voz decía cosas que únicamente se pueden decir después de un largo encierro.

Creo haber exacerbado hábilmente aquel ardor. Y cuando lo creí oportuno, introduje por el orificio, no ya el dedo, sino un vínculo de dolor a dolor como el que suele tenderse entre los mortales pecadores. Dolor acrecentado por las asperezas del borde de madera sin pulir, pero suficiente como para calmar, en breve tiempo, aquella inflamación horrenda y aquel calor con que sin duda el Señor anticipa a las almas de lo que puede llegar a padecerse en el Infierno.

Al fin, el vínculo se retrajo, no pudiendo evitar el tener una imagen de los bichos de cesto cuando al ser tocados se recogen dentro del capullo. Recordé al hermano Inocencio, que cuida la huerta del convento, y que gusta tomarlos suavemente, después tocarles la sensible cabeza con una pajilla para que busquen la frágil protección de su escondite y apretarlos desde abajo para que salten transformados en un líquido verde que él juzga de naturaleza demoníaca.

Para la hora del desayuno abandoné los claustros de las Hermanas Penitentes y herido por el sol crucé rápidamente la calle para encerrarme en mi celda a orar. Me sobrevino un sueño profundo y en él perseguí visiones que me inspiraba esa boca que jamás vería pero de cuyo jadeo no podría olvidarme.

Desperté por la tarde, con gran apetito, pero el rígido turno de comidas hizo que no tuviera más remedio que esperar la cena.

El hermano que me sirvió la sopa me dijo que extrañados por mi prolongado sueño habían optado por no recordarme, que me habían vigilado por el visillo, pero que al verme en tal estado de sublimidad

supusieron estarfa en presencia de visiones divinas y no quisieron malograr la posibilidad de un milagro.

De pronto, todo mi trajinar ha sido en vano. Ha muerto el hermano Virgilio, y luego de los solemnes funerales, el Superior me ha llamado para comunicarme que en adelante ocuparé el cargo del difunto como confesor de las Hermanas Penitentes más ancianas.

Apenas hube esbozado una tímida protesta argumentando no merecer semejante privilegio, el gesto del Hermano Superior, dando a entender que era decisión tomada de lo Alto, desbarató toda oposición posible. De modo que no tuve más remedio que agradecer esa santa misión encomendada a mí, pecador de tan menguados méritos. Y aún más, doblé mi rodilla y besando el borde de su hábito agradecí al Hermano Superior se me encomendara la tan alta dignidad que había desempeñado el hermano Virgilio.

En mi celda lloré de consternación. Hice saltar un trozo de encalado al dar en la pared con los nudillos y, finalmente, víctima de mi ira irrefrenable, fue una cucaracha que acertó a caminar por el zócalo.

Dios me lo perdonará, pero en su lenta agonía deseé fervientemente que ese mismo dolor lo padezca el Hermano Superior cuando llegue su hora.

Las Hermanas Penitentes más viejas están en la otra ala del convento. En los últimos siglos varias de ellas han sido canonizadas, y esto ha dado motivo de santo orgullo a algunos de nuestros antecesores por haber sido depositarios de las confesiones de santas que ahora disfrutan de la Gracia Divina, sentadas a la diestra del Señor que todo lo ve y todo lo puede.

He debido prepararme largamente para poder acceder a la tarea de confesar esas almas que ya están tocadas por La Gracia. No he tenido para ello más remedio que someterme a los más recios castigos y a los más severos ejercicios espirituales para poder con-

fesar lo que ya está en la puerta de La Gloria.

Con no mucho entusiasmo, pero turbado por la responsabilidad, concurrí finalmente. Debí trasponer las más sólidas puertas que alguna vez puedan haber separado un mundo dentro de otro mundo. Pero no pasó mucho tiempo hasta que el peso abrumador de la responsabilidad se disipara y más que nada por costumbre mis dedos palparan, en este antiquísimo confesionario la tabla que separa el cielo de la tierra. Y allí estaba, a la misma altura de mi áspero orificio uno igual, pero de bordes pulidos por el uso a lo largo de centenares de años.

Desde entonces sólo ha habido una gran diferencia: las voces. Más no lo que dicen, sino su timbre y modulación. Porque lo que escucho ahora a través de la cerrada criba no es aquel suave y caliente jadeo capaz de alborotar la sangre, sino el cascado murmullo que seguramente sale de las más fruncidas y desdentadas bocas.

